CUADERNOS DE CULTURA

CUARTA SERIE

1

FRANCISCO DE FRIAS Y JACOTT
(CONDE DE POZOS DULCES)

REFORMISMO AGRARIO

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1937

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

CUADERNOS DE CULTURA

PRIMERA SERIE
(AGOTADA)

1

Gabriela Mistral: LA LENGUA DE MARTI.

2

Pbro. Félix Varela: EDUCACION Y PATRIOTISMO.

3

José Martí: EDUCACION.

4

José de la Luz Caballero: FILOSOFIA Y PEDAGOGIA.

5

José Antonio Saco: IDEARIO REFORMISTA.

6

Máximo Gómez: RECUERDOS Y PREVISIONES.

SEGUNDA SERIE
(AGOTADA)

1

José Martí: HOMBRES DE CUBA.

2

Gertrudis Gómez de Avellaneda: SELECCION POETICA.

3

Enrique José Varona: PAGINAS CUBANAS.

4

José María Heredia: PREDICAS DE LIBERTAD.

5

Francisco de Arango y Parreño: DE LA FACTORIA A LA COLONIA.

6

Antonio Maceo: DISCIPLINA Y DIGNIDAD.

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

9.130, 4 (1), in-12°

CUADERNOS DE CULTURA
CUARTA SERIE
1

PPN 108850019

FRANCISCO DE FRIAS Y JACOTT
(CONDE DE POZOS DULCES)

REFORMISMO AGRARIO

INSTITUT DES HAUTES ÉTUDES DE L'AMÉRIQUE LATINE
BIBLIOTHÈQUE

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1937

4° 42126 2

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

REFORMISMO AGRARIO

MANIOC.org
Bibliothèque Pierre-Monbeig
IHEAL CREDA - *Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3*

LA CASA
MONTALVO CARDENAS
AVE. DE ITALIA 52
HABANA

NOTA PRELIMINAR

DESCONTADA la ilusión— meramente política—de hacer de Cuba una nación fuerte y poderosa, al igual que aquellas de Europa con cuya historia y cuya cultura nos amamantamos románticamente las ex colonias ibéricas de América, el pensamiento íntimo y verdadero de nuestros primeros estadistas—muy raramente francos a tal respecto—podría considerarse dividido en dos tendencias.

Pues mientras Francisco de Arango y Parreño representa una de esas tendencias, aun vigente, Francisco de Frías y Jacott, tercero y muy fortuito Conde de Pozos Dulces, ha de estudiarse como encarnación casi única de la otra.

José Antonio Saco, más conocido, estudiado y admirado que ambos, responde también a una representación importantísima. Y no en balde su prestigio histórico sobrepuja al de Arango y eclipsa completamente al de Frías.

José Antonio Saco fué un eterno vacilante. Como lo fué en el plano económico nuestra República en armas. La tendencia "provincialista" de Arango no contó originariamente con la República. Y la de Frías, que iba hacia ésta por evolución, con la independencia económica por base, fué ahogada al nacer por la estupidez administrativa congénita de España y la impaciencia político-revolucionaria de los hombres del 68.

Cada uno de esos tres hombres, por lo tanto, ocupa bien su puesto. Saco, talentoso y débil, encarnó en sí la tragedia de Cuba. De la antinomia en que lo clavó su total identificación con el destino de su patria, sus compatriotas que se le asemejan en sinceridad consigo mismos, no se han librado todavía. Si al principio de la República se les vió en el Congreso y el Ejecutivo de la joven nacionalidad, la agudización del problema y el acercamiento a la inevitable crisis han culminado en su eclipse actual. Y es sólo natural que así haya sido, porque la historia no se escribe por los vacilantes, por nobles y elevadas que sean las causas de su incapacidad para la acción.

Arango y Parreño, por su parte, surge una y otra vez, cada ciclo con más fuerza. Su plan de "provincialización" ha cambiado de Metrópolis. Pero las dificultades de la República lo mantienen todavía como la única posibilidad.

Francisco de Frías, en cambio, ha sido casi totalmente olvidado. Y, en la realidad: ¿quién piensa todavía en la aplicación de sus ideales evolucionistas, a base de un país dividido en pequeñas propiedades, esencialmente agrícola, capaz de vivir su propia vida, arcádico y sencillo, feliz en su dulce medianía, enamorado de sus riquezas infinitas y avaro de ellas...?

En estas breves líneas introductorias sólo me propongo situar a Francisco de Frías para el lector recién llegado a esta edad del interés retrospectivo por las figuras representativas de su patria. No es oportunidad de encomios ni adjetivos.

En el encomio hay siempre un afán de carrera, de competencia, de codicia por el primer puesto... El propósito de la Dirección de Cultura de la Secretaría de Educa-

ción es simplemente el de facilitar una valoración personal al lector, iniciándolo en el conocimiento directo de estos próceres cubanos del pasado siglo.

* * *

Francisco Frías nació en la hacienda de su familia, situada en las alturas, próximas a la Habana de entonces, de lo que es uno de sus más hermosos barrios de hoy: el Vedado. En la manzana de las calles D y 11 aun quedan edificaciones que datan de aquella fecha: 1809. A los diez años, con sus hermanos Antonio y José, fué enviado a un colegio de Norteamérica, donde permaneció hasta 1826. Fué allá un estudiante tranquilo, obediente y aplicado. Y cuando volvió a la Habana su padre había muerto. Una de sus hermanitas era la esposa de Narciso López, a la sazón vistoso y expresivo militar al servicio de España. La otra también estaba casada con otro brillante oficial español. El título nobiliario no era de su padre, canario de origen y enriquecido en Cuba, sino de transmisión materna, que sólo tuvo lugar más tarde, al fallecer en España el que debió ostentarlo, sin dejar sucesión. El

apellido Jacott, de la madre, parece oriundo de Francia (con la voz "Jacot" o "Jacquot" se designa en Francia a una especie de papagayo), pero en España aparece como originario de Málaga. El paterno, sin el "de" usado más tarde, tiene antiguas raíces en la isla de Tenerife. Los hermanos Frías tuvieron, pues, una ventajosa incepción en la vida adulta, entre el ejemplo del padre laborioso, modesto, previsor en la preparación de sus hijos, y la madre de distinguida cuna. José heredó la aptitud paterna para los negocios. Urbanizó lo que se llamó entonces "El Carmelo"; fué activo accionista en la empresa del ferrocarril urbano que unió con la Habana aquella barriada; traficó en café y otras líneas comerciales, con éxito feliz, y hasta su muerte, ocurrida en los días tristes del fracaso de la "Junta de Información" (1868) fué el administrador paciente y fidelísimo de los bienes de la familia. José fundó con Anselmo Suárez Romero "El Porvenir del Carmelo", que se llamó después, simplemente, "El Porvenir". A ese periódico contribuyó Francisco, desde París donde a la sazón se hallaba,

con sus "Cartas a todos sobre todo", de las cuales se publican algunas en el presente cuaderno.

* * *

Francisco Frías, desde su adolescencia, prefirió la vida sana, activa y fecunda del campo, a las actividades sociales de la ciudad. No quiso seguir la abogacía, casi inevitable por aquellos tiempos para un joven de sus merecimientos. Y en 1832 cruzó por vez primera el Atlántico, en busca de conocimientos científicos para su carrera elegida de agricultor, de campesino moderno.

La política militante, por consecuencia, nunca tuvo atractivos para él. En un estado organizado y culto habría sido un consejero valioso, un técnico. Pero nunca un "estadista" del tipo electoral, producto de simpatías y votos populares, o de intrigas partidaristas.

Siempre se sintió capaz de hacer un buen español. Pero se dió cuenta pronto de que España no sabría conservar los restos de su imperio en América. Nunca fué un españolizante convencido. Los integristas tuvieron razón para recelar siempre de él.

Francisco Frías, con todo, no fué tampoco un revolucionario. No saltó a la conclusión por encima de los términos, que hicieran nuestros patriotas exaltados, fundadores heroicos de nuestra cubanidad política. Él nunca creyó en la posibilidad de edificar una República democrática sobre las ruinas de una colonia española.

Impregnado desde sus días escolares en el sentido económico de la Historia, que fué norma práctica de la vida en Norteamérica antes que teoría social en la genial cerebración de Marx, el Conde de Pozos Dulces quiso ver a su patriecita laboriosa, honrada, capaz de bastarse a sí misma, sin pretensiones de gran potencialidad internacional, sin puestos brillantes para sus hijos demasiado ambiciosos (como aquel cuñado suyo, el estupendo general Narciso López, que debió siempre de inspirarle muy hondas desconfianzas acerca de esa "cubanidad" ahora tangible en nuestro formidable Capitolio, en nuestros grandes palacios particulares, en nuestro fasto y nuestro lujo... ¡con la hacienda pública y privada quién sabe cómo!), quiso ver, en fin, una Isla de Cuba

consciente de su destino geográfico e histórico: un país agrícola, con riquezas envidiables pero peligrosas, como la belleza y la gracia de una joven mestiza...

¿Fué por timidez innata, por mancamientos psicológicos de su infancia, por sentimiento de minusvalía, que Francisco Frías le trazó a su patriecita ese destino pacato, humilde, sencillo?

Frías no fué provinciano de espíritu. Viajó por toda Europa, poseyó siempre un fino espíritu de artista, leyó extensamente, descubrió y examinó en sus breves crónicas a "El Porvenir" el maquinismo, el feminismo, el socialismo: todos los movimientos de avanzada ideología. Y gustó de vivir en verdadero gran señor, sin esos alardes arribistas de sus compatriotas, los cubanos de París...

En su cubanidad, sin embargo, quedó impreso para siempre el GUAJIRO, el criollo cubano, el campesino: ¡que ya apenas existe en la República de Cuba, al cabo de treinta años de bambolla!

En sólo un punto parece coincidir con algunos de sus compatriotas de la tendencia

contraria: Francisco Frías se propuso "blanquear" a Cuba.

La apariencia es engañosa, sin embargo. En ese problema procedió también con su cautela característica, su sabio contar con el tiempo para el desarrollo de sus planes, que faltó a los héroes de la epopeya del 68.

Céspedes resolvió el problema con un gesto. ¡El eterno gesto español, estático, bello... y único! Dió la libertad a sus esclavos.

Mucho se hizo y sigue haciéndose, desde luego. Todas nuestras Constituciones se cuidan de mantener ese principio de igualdad racial. Pero, seamos francos: ¿está resuelto entre nosotros el problema del negro? Los que ayer permanecían al lado de España, aterrados por la visión de la "jacquerie", o se reunían en el "Club de la Habana", en casa de Aldama, para reunir dinero con qué pagar a un general norteamericano que les hiciera la guerra "de independencia" en Cuba... ¿no tienen ahora sus idénticos sucesores en los que tiemblan ante cualquier amago de humanización del capitalismo, por imbécil terror al negro? La República, por otra parte, importó también

esclavos. ¿Qué fueron esos haitianos y jamaiquinos de "las vacas gordas", sino el nefando "cargamento negro" que horripilaba al buen "Pancho" Frías?

Pues "Pancho" Frías no excluyó de su Cuba laboriosa y sencilla al negro, sino al esclavo. Sus planes de colonización blanca no tuvieron otro objetivo. Su fobia fué el trabajo esclavo. Ante el negro sólo sintió ese respeto, preñado de remordimiento ancestral, que no impide sino que facilita más bien el entendimiento y el amor entre las dos razas, puestas en el mismo pie de capacidad económica y de liberación por el esfuerzo. Tampoco por el blanco ventajero, estúpido y mezquino, tuvo el altivo Conde de Pozos Dulces grandes simpatías. Aun se siente en muchas alusiones de la época, su fama de huraño, de intolerante para las impertinencias pseudo-aristocráticas de sus llamados "iguales"...

* * *

La Revolución del 68 tomó la iniciativa. Desoídos los provincialistas, españoles buenos a lo Soco, y desbandados los anexionistas (provincialistas también, aunque a es-

paldas de la historia y de la filosofía de la historia) sucedió lo que hasta ahora no ha dejado de suceder en la historia del hombre: estalló la cólera colectiva que es la guerra.

Francisco Frías se sumó a ella tarde y mal. Murió en París, casi en la miseria. Quien vivió consagrado a la empresa ingente de hacer entender a sus compatriotas el valor del trabajo y del dinero, se olvidó de sí mismo, a la hora de acumular una fortuna. No supo capitalizar ni su nombre, porque no escribió para la posteridad, no dejó obra escrita que pudiera hoy darle un puesto en nuestras antologías literarias. Lo que hizo de 1868 en adelante fué periodismo de pura propaganda cultural, sin pretensiones críticas. Periodista genuino, limitó su esfuerzo a enseñar, a informar al lector impaciente y desprovisto de toda curiosidad trascendental, acerca de los hechos e ideas del momento, sin imponerle su criterio personal. Sus correspondencias, por otra parte, se mantienen dentro de su especialidad científica de la agricultura. Al pensar en Cuba se advierte en él que su pensamiento

se extiende hacia los otros países de nuestra América, con problemas idénticos a los nuestros.

Al instaurarse la República, la tendencia económica íntima, inconfesada, de los partidos que trajeron a Estrada Palma de primer Presidente, fué como una síntesis de ambos provincialismos: el de Arango y el de los anexionistas. El momento histórico, por todo lo demás, era sólo natural que nos impusiese esa solución. En la historia es idiota buscar "culpas". Del modo suave, imperceptible, que admitió su derrota el grupo defensor de la candidatura de Bartolomé Masó para la Presidencia, se deduce sin esfuerzo el peso enorme que representaba en 1901 la tendencia al provincialismo económico norteamericano. Las revoluciones cubanas, al fin y al cabo, se habían hecho más con el tesón de unos cuantos héroes que con la voluntad del elemento director responsable: más con el penacho que con las armas. La muerte de Martí—como la de Maceo más tarde—dejaron la revolución del 95 sin dificultades para esa aceptación melancólica del "destino manifiesto".

Y así no es extraño que el pensamiento de Francisco Frías no haya tenido continuadores persistentes, ni de mayor relieve.

En la Habana — la ciudad más española ayer, la "sala de la casa" hoy, con todo lo que nuestras "salas" tienen de bambolla y falsía—resultaría difícil encontrarle prosélitos.

Pero en el resto de la República—en "el campo", que dicen los habaneros recalcitrantes—creo que no sería difícil hallar a centenares los cubanos sencillos, sabios de sana y eterna sabiduría humana, que todavía conservan la ilusión de devolver sangre y vida a esa "cubanidad" apenas apuntada por "Pancho" Frías y olvidada, al parecer, por todos.

* * *

Apoyado en Marx, en la técnica moderna o en el motor de explosión y el radio, no faltará quien señale esa tendencia de Pozos Dulces como anacrónica e imposible...

¡Quién sabe! La ceguera y la torpeza de los que confunden la fuerza de las armas con la fuerza de la historia no parece que hayan aprendido mucho de la técnica, fuera

de los medios más eficaces de asesinar. Y la catástrofe bien puede devolvernos, sin olvido de la técnica, a los puntos de partida abandonados por el colonialismo imperialista del último siglo.

Lo que se publica en este cuaderno de la Dirección de Cultura, de difícil lectura acaso—aunque no infecunda para las mentes adultas—contiene las directrices propuestas por Francisco Frías para una política de cubanidad "defensiva", frente al peligro de una industrialización ausentista, impuesta violentamente desde afuera, no importa si secundada por elementos autóctonos degenerados. (Estos, por desgracia, nunca faltaron en nuestras sociedades hispano-americanas, plagadas de profesionales intelectualoides, abogados sobre todo, siempre a caza de un amo dadivoso a quien servir). Contra el exceso de profesionalismo parasitario escribió Pozos Dulces frecuentemente. Y su enfática antelación del problema agrícola, con ánimo de suprimir el trabajo "esclavo", tiene hoy tanta validez como cuando él la propugnaba en sus Cartas.

Tomado hoy el pie de la letra, el mismo Decálogo movería a desdén. La separación de la siembra de la caña y de la producción del azúcar, que propuso Frías, no debe tomarse literalmente como la solución aun ensayable. Lo válido de su esfuerzo reside en su tendencia a la independencia substantiva, económica, radicalmente opuesta a esta realidad en que hemos vivido treinta años... ¡y aun quedan ciegos que la proclaman como la única posible para Cuba!

Hemos jugado ya bastante a la República. Si no la tomamos de una vez en serio, nada impedirá a los dueños de la finca que se nos ponga a trabajar a la fuerza. Y en silencio.

Porque el patio, cuando empezamos a jugar, era nuestro. Hoy preferimos los suntuosos rascacielos tropicales, con derecho a garage. ¡Qué enorme diferencia entre esta vida "jolivudesca", en este paraíso turístico de la Habana, y la aburrida existencia de villorrio, implícita en la idea "guatíbera" de Pozos Dulces!

Lo malo es que nuestras casas ya no son casas... ni son nuestras. Vivimos en cel-

das de alquiler. Y firmamos la aceptación del desahucio antes de entrar en ellas. Todo eso hemos progresado en nuestra legislación republicana...

Por ese camino, sin embargo, y en nuestra cobardía colectiva para una acción cívica—que no gestos hispánicos aislados de valor personal—de resistencia a la fatal pendiente, no estaremos nunca lejos de la temida "jacquerie". Ni del zapato de baqueta y el agualoja, con que cierto saltimbanqui europeo "aplatanado" designó a la Cuba guajira de Pozos Dulces. El miedo irracional al precipicio suele empujarnos hacia él.

La lectura y meditación sobre estas cartas y opiniones de "Pancho" Frías es un buen ejercicio matinal de preparación para el trabajo y la sana alegría de vivir en uno de los rincones más bellos de la tierra, donde vivir ambicionando lo que otros pueblos se proponen, a falta de estas riquezas nuestras, debería de ser castigado con destierro.

Sin énfasis oratorio, sin gritos, sin coruscantes imágenes ni emotivas metáforas, su prosa límpida y la transparencia de su sin-

ceridad son como una ducha de agua fría. Tras de esta noche de pesadilla en que vivimos, la ducha acaso nos devuelva vitalidad perdida.

* * *

En su testamento, Francisco Frías ordenó que sus cenizas no fuesen trasladadas a Cuba mientras su patria no fuese libre.

Sus cenizas reposan todavía en el cementerio de Montmartre, en París.

José Antonio RAMOS.

EL CARNAVAL EN PARIS [1]

(Fragmento de una carta a su hermano José. Colección de papeles. Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País.)

Enero 28 de 1844.

..."Estamos en la estación de los bailes de máscaras. ¿Sabes tú lo que es un baile de máscaras en París?

Figúrate todo lo que hay de más bajo, soez y arrastrado en Jesús María o en la Calzada del Monte, vestido con los trajes más viejos, deslustrados y mugrientos; eleva todo eso a la décima potencia y ponlos a saltar, vociferar, bramar y sudar, al estruendo de mil músicas.

(1) En 1842, a sus treinta y tres años de edad, casado cinco antes con una cubana de excelente familia, la Srta. Evelina Faurés, Francisco Frías emprendió su segundo viaje a Europa.

Por aquella fecha residían ya en París algunas familias cubanas, con cuantiosos bienes raíces en la lejana Antilla. La atracción de París era poderosísima. Los criollos, avergonzados de sus cabildos y bailes populares, se extasiaban

Y eso en una sala totalmente apeñuscada, que si fuesen capaces de concebir las mujeres concebirían espontáneamente...

Ni más ni menos es un baile de máscaras en la Gran Opera.

Nadie más que yo admira la Francia. Pero escoger para alabar lo que no lo merece, es prueba de mal juicio..."

---

soñando con las para su imaginación espléndidas fiestas carnavalescas de la capital del mundo civilizado...

Frías, en la fecha de su carta era estudiante matriculado en una Escuela de Agronomía. Poco antes había pasado por París José de la Luz y Caballero, atribulada su alma por los crímenes de las llamadas "Comisiones Militares". Sus amigos en la capital de Francia fueron José Antonio Saco, Domingo del Monte y "Pancho" Frías.

En este fragmento de una larga carta familiar, el futuro Director de "El Siglo" demuestra su frialdad de juicio ante las famosas fiestas carnavalescas de París.

En otra, de distinta fecha, dice a su hermano Antonio: "..."si puedo quedarme dos años por acá, tengo la esperanza de que no perderé mi tiempo, y podré ser útil a mi país en alguna cosa".

"..."Aquí en París—dice en otra carta—reconoce uno su ignorancia completa. Me dices tú que podría escribir (en sentido literario)... Mucho tengo que estudiar antes; y ésto es lo que por ahora más me preocupa. ¡Desgraciado del que aquí no piense en aprender!"

CARTAS A TODOS SOBRE TODO

(Publicadas en "El Porvenir del Carmelo", semanario editado en la Habana, por la Sociedad urbanizadora de "El Carmelo", bajo la dirección de don José Frías y don Anselmo Suárez y Romero. Dicho semanario redujo después su título al de "El Porvenir".)

Colección existente en la Biblioteca Nacional.

(En 1860 se publicó en París, impreso por Jorge Kugelmann et Cie., un volumen contentivo de esas cartas. Se reimprimieron como el primero de las obras completas del Conde de Pozos Dulces. No aparecieron nunca los siguientes).

CARTA XII

(Fragmentos)

IMPORTANCIA DE LA YUCA COMO SUSTANCIA ALIMENTICIA, Y COMO MATERIA SUSCEPTIBLE DE APLICARSE A UNA PORCION DE PREPARACIONES Y DE INDUSTRIAS

París 28 de Julio de 1857.

...EN efecto, la hora de las reformas agrícolas ha sonado ya para Cuba. En vano es que querramos hacernos ilusiones. La marcha que llevamos conduce al abismo. Con algunos años más que continúe, como hasta aquí, la rutinaria esplotación de la mina cubana, desaparecerá para siempre su exhausto filón. Nuestra agricultura no parece rica sino porque está descontando el porvenir. Creemos vivir de nuestras rentas, y lo que estamos consumiendo es nuestro capital y la herencia de nuestros hijos. Por fortuna lo que en Cuba se llama falta de brazos es un aviso que

nos detendrá en la pendiente fatal. Sobran los existentes para iniciar un sistema más inteligente y productivo, más en armonía con los intereses actuales y los venideros. Cosechar más azúcar, más tabaco, más ganados, más alimentos para el consumo interior y esterior, esa será la consecuencia necesaria de una modificación en el régimen de nuestra agricultura.

No me hago, sin embargo, ilusiones, y ni cabe tampoco en lo posible que puedan variarse de un golpe los hábitos adquiridos. Hay además vastos intereses en juego que sólo con el tiempo y gradualmente pudieran plegarse a una reforma. Pero al lado de estos existen otros muchos, cuya única salvación consistiría en adoptar desde luego los recursos que aconsejan a una la ciencia y la práctica de los países que nos precedieron en la carrera agrícola. Acrecentar los productos disminuyendo la superficie cultivada; asociar diferentes cultivos para facilitar los unos por los otros; reducir la mano de obra alternando las cosechas; conservar y activar la fertilidad de los terrenos por medio de los estiércoles,

cuya preparación es tan hacedera y espedita en un buen sistema: he ahí, si no me engaño, lo que salvaría de la ruina y de la miseria a una infinidad de propiedades por donde pasó la planta asoladora de nuestra rutina y de nuestra labranzas exclusivas.

El cultivo racional de la yuca puede llenar con grandes ventajas esos vacíos, y proporcionar ocupación lucrativa a multitud de brazos, de terrenos y de capitales que hoy no toman parte en la producción azucarera, o que solo encuentran en ella decepciones y desastres.

Yo veo por donde quiera en Cuba fincas de mas o menos estensión, innumerables sitios de labor, cuyos dueños o arrendatarios vegetan en la pobreza por carecer de brazos y de numerario para acometer en terrenos nuevos las grandes empresas agrícolas del país. Para esa categoría de heredades y de cultivadores la siembra de yuca, como materia prima para las diversas preparaciones de que doy cuenta en esta memoria, sería sin duda alguna una operación de grandes beneficios, que se aumentarían todavía, si se la asociase conve-

nientemente con las otras labranzas menores del país, según lo indicaré a su debido tiempo.

Para lograr estos resultados ¿que es lo que nos falta? Unos cuantos capitalistas emprendedores que introduciendo en Cuba los aparatos perfeccionados de desecación y conservación de la yuca, como también los de fabricación de almidón, tapiocas, etc., abran un mercado para este fruto, hasta ahora olvidado entre nuestras riquezas naturales o malamente esplotado en los trenes groseros del país. Los capitales para ello necesarios son de pequeña consideración, las ganancias de mucha cuantía; los beneficios de todas clases que reportaría la agricultura cubana incalculables.

Estoy firmemente persuadido que la debatida cuestión de brazos en Cuba tiene una sola solución prudente y racional. La separación del cultivo de la caña de la fabricación de azúcar. Así únicamente se obtendrá que vaya voluntaria y provechosamente a nuestros campos una gran parte de

los emigrantes europeos que enriquecen con su trabajo otras comarcas ménos favorecidas. Pero esa transformación de nuestros ingenios, como ya lo dije, tiene que ser lenta y gradual, porque los hábitos y complicaciones de una industria secular no se vencen con solo predicaciones y consejos. Además del tiempo exigen para modificarse estímulos y ejemplos. Ningunos me han parecido mas propios para impulsarla en esa nueva vía que los que podría ofrecerle desde luego el espectáculo de otra industria del país, desdoblándose en dos granjerías separadas y distintas, y adquiriendo con ello un estado envidiable de prosperidad. Lo mismo que se sembraría mañana la yuca para venderla a los trenes de fabricación, eso también aparecería realizable con la caña, y no faltaría entonces quienes se moviesen a plantear aparatos fabriles de azúcar en medio de las poblaciones rurales blancas que los acogerían con inmenso regocijo. El ejemplo dado por la una podría ser decisivo para la otra industria, y ciertamente que tampoco habría un incentivo mayor para el aflujo de brazos esteriores,

que el que el cultivo de la caña, lo mismo que el de la yuca y del tabaco, se pusiesen con ese espediente al alcance de los pequeños propietarios y del trabajo de nuestra raza.

El bello ideal de nuestra agricultura reside por una parte en esa división del trabajo agrícola y manufacturero, por otra en la asociación ordenada de sus cultivos principales. Propender a que se realizen ambos conceptos me ha parecido una obra de patriotismo y de actualidad, y por eso no he dudado emprender la difusa tarea de dar a conocer toda la importancia de que está dotada nuestra yuca como artículo de producción, de industria y de comercio, al mismo tiempo que como propicio elemento para iniciar en Cuba las útiles reformas que pueden elevarla al más alto grado de engrandecimiento y prosperidad. Si no estuviese destinado mi trabajo a producir otro resultado que el de provocar algunos ensayos, y el estudio de los grandes principios de la agricultura moderna, no estimaré perdidas las horas empleadas en su desempeño.

Quedo de V. afectísimo.

CARTA XIII

(Fragmentos)

NOMBRAMIENTO DEL QUIMICO CUBANO, DON ALVARO REYNOSO, PARA DESEMPEÑAR LA CATEDRA DE QUIMICA APLICADA A LA AGRICULTURA EN LA ISLA DE CUBA

París 6 de Agosto de 1857.

EN Cuba se va ya comprendiendo que no debe ser la agricultura de hoy aquel arte grosero y patriarcal que fundaron nuestros mayores, confiados en la próvida tutela de una naturaleza siempre risueña y feraz. Donde quiera aparecen ya las huellas de semejante confianza e imprevisión, campos áridos y desiertos por donde pasó la planta asoladora del empirismo y de la tradición. La agricultura moderna, gracias a los trabajos de sabios y agrónomos eminentes, se ha elevado al rango de ciencia desde la humilde esfera que ocupó

siempre con mengua de la civilización. Ella sabe hoy prever, provocar, asegurar los fenómenos que el vulgo inculto contempló hasta ahora como fuera del alcance de la humana intervención. Ella entiende el modo de mantener en perenne vigor la fertilidad de los campos, devolverla a los que la perdieron, adoptarlos a los nuevos cultivos, señalar entre estos los que deban asociarse o sucederse, variar, modificar aumentar y conservar las cosechas. La química ha sido uno de sus auxiliares más indispensables; está fué la que puso a su disposición el conocimiento de los elementos y de sus infinitas combinaciones en el aire, en el agua, en la tierra, en la simiente, en las cosechas; ella la que pasando la planta por sus misteriosos balones y retortas, determina la tierra de donde procede, las materias que a ésta ha robado, las que importa devolver, y siguiendo un método inverso, se eleva por el análisis del terruño a la previsión de todas las producciones que puede engendrar en su seno. Y no es esto solo, sino que una vez fuera del imperio de las leyes fisiológicas, la química se

apodera esclusivamente de los productos para su conservación: estrae el azúcar, elebora el añil, purifica los aceites, confecciona el vino, convierte las féculas en glucosa y alcohol, ejecuta en fín ese número inmenso de transformaciones que son todas del dominio del labrador.

Esta hoja eminente de servicios de la química aplicada a la agricultura, y las disposiciones actuales del país, señalan a la nueva cátedra que va a establecerse en la Habana un lugar demasiado importante y oportuno para que yo la dejase pasar desapercibida. Entiendo además que esta es ocasión propicia para agregar algunas reflexiones a que me dan derecho, no mi suficiencia científica, que para el caso es nula, sino mi larga esperiencia de las necesidades agrícolas del país. Y esto que voy a decir no debe entenderse como un consejo enderezado al señor Reynoso, que no lo necesita, y cuyas buenas disposiciones me constan, ni tampoco como una censura de lo que hasta ahora se haya hecho. Bien sabe su antecesor el señor Casaseca, (único a quien pudieran alcanzar estas reflexio-

nes), que siempre he sido uno de sus admiradores y sostenedores en la parte de influencia que me ha cabido. Soy además buen testigo de que no siempre ha podido lo que ha querido y de la manera que lo ha querido; que sobre él ha pesado un número infinito de atribuciones muy distintas; de suerte que con estas justas y necesarias reservas me creo libre de decir aquí todo mi parecer, cuando, por otra parte, se encamina a solicitar en favor del nuevo profesor todas las facilidades y la cooperación de que careció su antecesor.

Se me figura que la enseñanza de la química agrícola en Cuba debiera *especializarse* todavía mas de lo que ha sido costumbre. En Europa y otros grandes países que abrazan una gran diversidad de climas y de producciones, la tarea de un profesor del ramo tiene que ser mas comprensiva y general. Aquí también encuentran sobrada aplicación todas las nociones supernumerarias que pueden adquirirse en un curso de química aplicada a la agricultura. Por eso el que actualmente profesa en esta capital el célebre M. Boussingault,

utilísimo y aun necesario para un país de tan variadas producciones y aplicaciones, sería supérfluo en Cuba donde la industria propiamente dicha está por nacer, y donde se reducen a sólo dos o tres los ramos mas importantes de sus cultivos. Por otra parte, no tanto interesa por lo pronto formar grandes capacidades químico-agrícolas, como vulgarizar los conocimientos mas indispensables, haciendo atractiva su adquisición por medio de ejemplos y manipulaciones sencillísimas y de aplicación local. Así entendida y practicada la enseñanza, con arreglo a la índole y a las únicas necesidades del país, se lograrían dos objetos esenciales y que nunca debieran perderse de vista: el de reducirse el tiempo necesario de la enseñanza, haciéndola asequible y solicitada por todas las inteligencias; y el de permitir al profesor mayor latitud para llevar a cabo las investigaciones locales que tanta falta hacen para fundar sobre seguros cimientos las aplicaciones de la ciencia a nuestra industria rural. ¿Y porqué no lo hemos de decir de una vez? El profesor tiene también sobrado que aprender, no ya

solo la composición de todas las materias sobre que se ejerce la agricultura local, sino de qué manera pueden influir, para modificar sus previsiones, la influencia del clima y las prácticas y métodos rurales que encuentre establecidos. Es preciso que hasta cierto punto se convierta en agrónomo, o que a lo menos posea un campo de esperimentación, donde someta al crisol de su esperiencia personal las modificaciones que pueda aconsejar en el curso de su enseñanza.

Terminaré estas observaciones escritas mas de carrera de lo que quisiera con una indicación final. No es solo la industria azucarera la que debe formar la base de esa enseñanza, y por muy importante que hoy sea esa granjería, no debe perderse de vista que hay otra mas especial y propia de nuestro país, y que acaso esté llamada en no muy lejano porvenir a suplentar en estansión y en riqueza a la de nuestros ingenios. Ya se ve que quiero hablar del tabaco cubano, que no tiene rival en el mundo, y que puede todavía adquirir mayor realce y nombradía, si la antorcha de la ciencia vie-

ne a disipar un día las tinieblas en que hoy se encuentran su labranza y su preparación.

Hay aquí un trabajo clásico que acometer y muy digno de tentar la ambición de un agrónomo y de un químico eminentes. Acaso deba atribuirse a la falta de esa necesaria asociación el que todavía estemos a ciegas con respecto a la verdadera causa de la supremacía de nuestro tabaco, y a los mejores métodos para su cultivo y preparación. No basta, en efecto, analizar la buena hoja y la tierra en que se cría; no basta conocer la composición de una y de otra y la proporción en que se encuentran sus diversos elementos, sino que hay también que someter a una minuciosa investigación la manera en que influyen, para realizar esas proporciones en el tabaco superior, todos los demás agentes naturales como son el calor, la humedad, la esposición, los caractéres físicos y mecánicos del terreno, la *raza* de la semilla, etc., etc., como también la época del corte y las demás manipulaciones posteriores. Por esto se verá que el problema es mucho más com-

plicado de lo que se cree comúnmente y que exige para su cabal solución no ya solamente trabajos analíticos de la incumbencia del químico, sino también una serie perseverante de ensayos en pleno campo, sin los que quedarían estériles los primeros. Toda la suficiencia de un profesor no podría dar cima a este cúmulo de tareas sino dispone, por una parte, del tiempo suficiente, y por otra, de la ayuda y cooperación de cuantos se interesen en el éxito de estas cuestiones.

Me consta que el señor Reynoso comprende de esta manera la misión de que va encargado. Sé además que para no perder tiempo lleva de su peculio particular un laboratorio completo con que dar principio desde luego a esas y otras utilísimas investigaciones, sin las que la enseñanza, en un país como el nuestro, carecería de su mayor grado de autoridad.

Ahora solo falta, amigo mío, que el país corresponda por su parte a esta nueva muestra de la solicitud del Gobierno Supremo, a las escelantes dotes y mejores deseos del jóven profesor, y a lo que espe-

ran de Cuba todos los que se interesan en sus progresos y prosperidad.

Doy aquí fín por hoy a lo que me había propuesto decir acerca de la nueva cátedra de química aplicada a la agricultura. El campo es vastísimo y acaso haga en él otras escursiones cuándo el tiempo lo permita.

Suyo afectísimo.

CARTA XVII

NECESIDAD DE LA INSTRUCCION AGRICOLA EN CUBA

París 15 de septiembre de 1857.

MI querido amigo: Estoy persuadido de que si así como vienen hoy a Europa jóvenes de todos los puntos de la Isla, con el objeto de estudiar la medicina y de prepararse para otras carreras liberales, en lo que yo creo que hacen perfectamente para provecho propio y de su país; si vinieran, digo, igualmente otros tantos con el propósito de aprender la agricultura y la industria, no tardaríamos en ver a Cuba sacudiendo los hábitos envejecidos y divorciándose de la rutina, a que la tiene atada nuestra desidia secular en estas materias. El porvenir de nuestra patria está estrechamente ligado con las forzosas transformaciones que ha de sufrir su economía ru-

ral, y con las diversas industrias que allí pueden y deben aclimatarse, si queremos enlazar estrechamente todas las fuentes de producción y cimentar sobre bases seguras el edificio de nuestra prosperidad. Si alguno hubiere que todavía opusiese reparos a estas previsiones, ese tal ni comprende la marcha del siglo ni estudió con atención las verdaderas necesidades de su país.

No insistiré por hoy en el cúmulo de conveniencias que se llenaría con que se fuera formando por el estudio una plana mayor, capaz de iniciar en Cuba todas las importantes reformas que demandan su agricultura y su escasísima industria. Estos conocimientos pueden adquirirse con grandes facilidades en estos países, donde los adelantos de todas clases han alcanzado un gran desarrollo, y donde la enseñanza profesional está planteada con todos los elementos y adminículos necesarios para su más pronta y completa adquisición. Pero hay entre todos esos conocimientos uno tan íntimamente enlazado con nuestra propia existencia como país productor, que él solo bastaría para asegurar una carrera honro-

sa y lucrativa a una multitud de jóvenes, y para influir poderosamente en esas modificaciones de nuestra industria, que solo los que estén ciegos u obcecados pueden rechazar en nuestras circunstancias. Me refiero al de la fabricación, o mejor dicho, estracción de azúcar de caña.

Cuba está hoy presentando el estraordinario espectáculo de una comunidad que cuenta y figura entre las más ricas y prósperas, y que debe ese adelanto y esa riqueza a una industria que descansa todavía sobre el más ciego empirismo. En más de mil *ingenios* de nuestro país, el maestro de azúcar es la clave principal de todo el edificio. El es en definitiva el que resuelve la cuestión vital del rendimiento de nuestros campos. En su práctica, en su esperiencia y sus conocimientos reposa la suerte de todo el país, y ¿quién lo creyera? ese hombre, en noventa casos de ciento, no sabe leer ni escribir, ni tuvo más maestros que su padre o su vecino, quienes a su turno aprendieron en las tradiciones que tienen su origen en el saber industrial del siglo XVI.

Semejante estado de cosas pudo esplicarse y tolerarse en las épocas remotas en que el *oficio,* a falta de ciencia, imperaba como soberano en todo el mundo productor; pero desde que la química analizó la primera caña de azúcar, y probó con asombro general que ésta contiene primitivamente 18 p. 100 de azúcar cristalizable, y que el maestro de azúcar solo saca cinco o seis por ciento de la misma planta; desde ese día, digo, debió dejar su puesto ese agente empírico de nuestros ingenios, o quedar cuando más con el carácter de *provisional,* hasta que llegara un reemplazante amaestrado en los estudios necesarios para evitar esa pérdida inmensa de la ignorancia y de la rutina.

Por *fas* o por *nefas,* continúa reinando la dinastía de los maestros de azúcar, sin que hayan bastado a destronarla todas las revoluciones industriales de que hemos sido testigos en los últimos treinta años de nuestro siglo. Ni fueron parte tampoco a socavar su funesta dominación, los portentos que una industria rival ha estado mostrando con la sustitución de la ciega rutina

por los métodos apoyados en los datos de la ciencia. Semejante persistencia no hace honor a nuestra cultura y adelantos; pero se esplica sobradamente por la carencia en que hemos estado de un instituto, donde recibiera nuestra juventud la instrucción teórica y profesional que demanda ese ramo de nuestra producción. Digo que si hay en el mundo un país que debiera poseer un ingenio-escuela, ese país es Cuba, porque Cuba es acaso por su industria azucarera el país más importante de la tierra. Tenemos la reputación y hasta la ambición de pasar por generosos y pródigos, y lo somos en efecto para todo aquello que no tenga una utilidad indispensable, como la tendría sin duda la realización de ese pensamiento. Pero no señor, sería preciso gastar 50 o 60 mil pesos en el planteamiento de esa escuela, y acaso unos 10 o 15 mil pesos anuales para su sostenimiento, y Cuba es demasiado pobre para imponerse semejantes sacrificios. Verdad es que el país ganaría millones todos los años con asentar esa industria sobre bases sólidas; muy cierto, que los métodos económicos para el

cultivo de la caña y para la estracción de azúcar pueden desafiar en lo adelante todas las vicisitudes por las que tendrá que pasar esta industria, libertando así de ruina a nuestro país; pero ¿qué valen todas esas consideraciones en parangón con algunos miles de pesos que sería necesario destinar para el logro de esos resultados?

No es así como se raciocina generalmente en nuestro país, amigo mío; bien sé yo que no; pero se hace y se ejecuta como si así se pensase, y esto para el caso viene a ser lo mismo. ¿Y sabe usted porqué sucede esto? Porque faltan algunos hombres de iniciativa. Para creerlo así me autorizan los muchos ejemplos que he presenciado, de suscriciones y empresas instantáneamente realizadas porque se *personó* a proponerlas tal o cual sujeto determinado. Parece que nuestra pereza tradicional exige esta clase de incentivos. Solemos con frecuencia conceder a la autoridad de un nombre lo que negamos a la autoridad de la conveniencia y de la razón. Adelántese pues, ese nombre que ha de ser cabecera, y dote al país con un instituto que no solo le honrará, sino

que podrá resolver unos cuantos problemas de que están pendientes la consolidación e incremento de nuestra industria rural.

Mientras esto no suceda amigo mío, fuera muy conveniente que algunos padres de familia pocos sobrados de fortuna para dar sus hijos una educación liberal, o asaz ricos para no cuidarse de instruirlos en las profesiones usuales, los enviasen a Europa a adquirir los conocimientos agrícolas e industriales, que podrían formarles carreras lucrativas en Cuba, o servirles de enseñanza para el adelanto de su fortuna y para conveniencia del país. Esto mismo están haciendo otros pueblos menos considerables o menos ricos de América, Mejicanos, venezolanos, y chilenos conozco aquí, esclusivamente dedicados al estudio de la agricultura y de la industria. El instituto agronómico de Grignon cuenta entre sus alumnos algunos sur-americanos, y hace muy pocos días, que asistiendo yo aquí a un ensayo del alumbrado por el gas estraído del agua, me encontré con una docena de jóvenes oriundos todos de los países

hispano-americanos, y que siguen con ardor los progresos industriales de la Europa.

Para el aprendizaje de las artes puramente mecánicas, bien sé yo que los Estados-Unidos de América brindan mil facilidades que no se han desatendido por algunos jóvenes de nuestro país; pero no son solo maquinistas lo que nos hace falta, y es preciso reconocer que la instrucción teórica y práctica en la agricultura y en la industria propiamente dicha, está aquí en Europa mucho mejor organizada que en la Unión Americana.

En Francia, en Bélgica y en Prusia es donde debe venirse a estudiar la elaboración de azúcar, y donde podrían formarse escelentes maestros en ese ramo, que aplicando después en Cuba sus conocimientos teóricos y prácticos podrían sacar esa industria de la rutina ininteligente en que hoy la vemos. Otra ventaja capital se lograría con ese aprendizaje, hecho en países donde la organización de la industria azucarera es distinta de la nuestra. Aquí también se aprendería, que para que el

cultivo de la planta sacarina y su elaboración alcancen la perfección posible, es necesario que una y otra constituyan dos industrias separadas. Paréceme a mí que no tanto por ser esta una novedad entre nosotros, cuanto por no tenerse datos suficientes ni confianza en ninguna de ellas aislada, es por lo que no hemos ensayado hasta ahora su separación. Nuestros hacendados no han resuelto aún la cuestión de saber cual de los dos, el cultivo o la elaboración, es el que verdaderamente determina sus mayores ganancias. Esta ignorancia, más que ninguna otra causa, es la que influye en mantener el estrecho consorcio de esas dos granjerías, que en Europa medran y progresan por razón misma de su divorcio. Cuando nuestro país posea hombres que comprendan a fondo la elaboración del azúcar y la verdadera contabilidad de esa industria, entonces veremos plantearse esos ingenios esclusivamente *industriales,* que son los que realizarán la perfección en ese ramo, y determinarán los adelantos correspondientes en la siembra y cultivo de la caña. El estudio prác-

tico de lo que pasa en estos países con relación a esa hermosa industria, puede mejor que ningún otro acelerar entre nosotros esa época deseada, y yo me atrevería a insinuar la conveniencia de que por nuestras Sociedades, Económica y de Fomento, se costease aquí la instrucción en ese ramo especial de algunos jóvenes aventajados, así como ya lo han hecho con alumnos de pintura y de otras profesiones, no tan directamente enlazadas con los progresos de Cuba. Ese ejemplo encontraría después imitadores en algunos padres de familia, y poco a poco se iría formando la nueva milicia, a la que se le preparan brillantes conquistas en el porvenir.

Persisto en sostener, amigo mío, que hay en Cuba una inercia inexplicable. Todos convienen en la oprtunidad, sino en la urgencia de intentar algo que consolide nuestra situación productora, pero nadie se mueve, sino que todos esperan, de las estrellas, supongo yo, el remedio a los males que nos amenazan, si sobreviene un cambio en los precios de nuestros frutos, o si continúa la escasez de brazos que lamen-

tamos. Debiéramos, sin embargo, no aguardar a más tarde, no sea que perezca la nave en medio a la sorpresa y tribulación de la tormenta,

Su affmo., amigo.

FRAGMENTOS DE UNA CARTA A SU HERMANO DON JOSE DE FRIAS, EN LA HABANA

París 12 de octubre de 1857.

...ME dices, querido José, que en ciertos círculos de ese país se me considera como poco afecto a la industria azucarera, y que se observa que todos mis elogios y estímulos los reservo para otros ramos de nuestra agricultura, mucho menos eficientes en el fenómeno de nuestra prosperidad. Error es este que me importa mucho desvanecer, no tanto porque me enagene algunas simpatías que yo aprecio y deseo conservar, cuanto porque mis convicciones son de todo punto contrarias a esas suposiciones, y que mi mayor deseo es que en Cuba se arraigue cada vez más y se estienda el cultivo de la caña, y predomine, si es posible, sobre todos los demás.

En lo que yo discrepo esencialmente de la opinión más general en Cuba, es en el modo de alcanzar ese resultado, y no porque yo piense que pudo obrarse de otro modo de lo que hasta aquí se ha hecho, ni que me sienta inclinado a criticar todo lo que se haya practicado en épocas pasadas. La posición que yo adopto es la de aceptar lo presente con todas sus consecuencias, menos la de que se procure perpetuarlo a toda costa, sin tener en cuenta la diversidad de condiciones en que nos hallamos colocados, diversidad que irá creciendo y ensanchándose cada día.

Se quiere hoy sostener y aun fomentar la industria azucarera por medidas artificiales, cuando, todo nos dice que ha llegado la hora de procurar asentarla de una vez sobre sus bases naturales e imperecederas, que son la conveniencia y el interés general de todo el país, considerado en sus elementos de producción y de población. Andamos a caza de espedientes, más o menos ocasionados a peligros, por no querer entender que modificando la actual organización de esa industria, afluirán voluntа-

riamente los agentes más propios y oportunos para su ensanche y consolidación. Y si fueran solamente medidas *provisionales* las que se tomaran interín se logra la transición de un sistema a otro, es decir del régimen actual, al de completa separación de la industria agrícola de la fabril, en lo que veo yo un remedio radical de todas nuestras dificultades; si solo provisionales fueran, repito las medidas empleadas para el surtido de trabajadores, yo transigiría más fácilmente con lo que hasta cierto punto pudiera justificarse como una necesidad momentánea. Pero no señor: nada de esto sucede. Se ha elevado al rango de teoría el hecho de la mancomunidad de esas dos industrias, y se inmovilizó en el color de la piel la condición *sine qua non* de los operarios que han de hacerlas funcionar.

Todavía consintiera yo en respetar estas opiniones y teorías, siempre que se fundasen en alguna tentativa o ensayo esperimental, por mucho que se quisiese violentar la interpretación de sus resultados; pero no siendo esto así, no pudiendo yo prever un término a las consecuencias

prácticas que emanan de esas doctrinas, y si todos los inconvenientes y riesgos que traen aparejados para el porvenir, confieso que no soy partidario de la industria azucarera en esas condiciones, como que no veo en ella asegurada la suerte y prosperidad de nuestra patria. Mil y mil veces mejor que toda ella se pueble de pequeños propietarios, que con el tabaco, el maíz, la yuca, el añil, la cera y otras industrias menores constituyan una población menos rica y comercial, si se quiere, pero más homogénea y adaptada al predominio de nuestra civilización.

Pero ¿será verdad que nuestra industria azucarera no tiene otras condiciones de existencia que las que le señalaron nuestros antepasados, o las que le reservan los proyectistas del día? ¿Será cierto que la raza caucásica, que asombró al mundo con sus altos hechos en el orden físico e intelectual, debe cejar ante el clima de los trópicos, y confesarse impotente para el cultivo y manipulación de la caña? No indaguemos José, como, ni cuando ni por qué nació, creció y se consolidó esa absurda cuanto

funesta creencia, que no es peculiar de nuestro país, sino que impera todavía en la mayor parte de las regiones productoras de azúcar. Digamos solamente, que la conveniencia de la raza superior influyó más que ninguna otra cosa en el mecanismo que se adoptó a los principios para producir azúcar, y que la actual organización de esta industria repugna a todos los instintos y antecedentes de la raza que ahora se pretendiera incorporar en ella. No es el clima, es el sistema el que es incompatible con nuestra raza, como lo prueba superabundantemente un millón de hechos contrarios a la supuesta influencia climatérica; de donde yo lógicamente deduzco, que con variar el sistema, o con adaptarlo a las exigencias físicas y morales del trabajador blanco, se verían caer una a una todas las objeciones, y desaparecer cuantos obstáculos parecen oponerse a un mejor orden de cosas.

Cuba sería el país más próspero y envidiable de la tierra, si a la multitud y riqueza de sus industrias agrarias, y susceptibles de constituir la pequeña propiedad,

se agregase también la de la caña de azúcar. No miles, sino millones de trabajadores aguardan ese día para lanzarse a labrar sus campos, a aumentar sus fuerzas y a fecundar su población. Para lograr esto bastaría quererlo; bastaría abrir mercados interiores a la caña de azúcar; bastaría fundar en los actuales centros de población rural blanca la industria fabril con entera independencia del cultivo; bastaría realizar una media docena de ejemplos, para que se propagasen y estendiesen por todo el país. Entonces se crearía el estímulo, que hoy falta, para que nuestros campesinos se dedicasen al cultivo de la caña. Trabajarían ellos y sus hijos en una industria tan remuneradora; llamarían en su auxilio otros brazos que ahora no pueden pagar; estos acudirían gustosos a compartir la faena con sus iguales, teniendo por delante la fácil perspectiva de llegar a ser también a su turno propietarios, y tras ellos vendrían de fuera otros y otros, halagados por las mismas facilidades y esperanzas, y de esa suerte quedaría establecida y asegurada una corriente de inmigra-

ción, que hoy se dirije con preferencia por otros canales, en cuyo término ve realizadas mayores promesas de independencia y de bienestar.

A vuelta de muy pocos años, sin quebrantos de ninguna clase, respetando lo presente y preparando el porvenir, quedaría así resuelto un problema que hoy nos agobia y atribula, porque nos empeñamos en buscar su solución a favor de espedientes artificiales, y que cada día se apartan más de las verdaderas conveniencias de la época. Y cuando abrigo estas convicciones, cuando veo proclamadas como dogma, y realizadas en la práctica opiniones que continuarán haciendo imposibles esas previsiones, ¿piensas tú, José, que pueda yo ser adicto o partidario de una industria que con sus doctrinas y su ejemplo se sobrepone a los intereses más evidentes y trascendentales de nuestro país?

No, mi conciencia me prohibe dar la mano a la perpetuación de ese sistema, y mientras no vea serios conatos de una reforma en el sentido de los buenos principios industriales, que son por dicha tam-

bién, los más favorables a nuestro desarrollo y prosperidad, prefiero alentar los demás cultivos menores del país, ensalzar el tabaco, elogiar la yuca, aconsejar la siembra del añil, el fomento de la ganadería, la adopción de otras mejoras agrícolas e industriales, como contrapeso al mal que preveo del ensanche indefinido de nuestra especulación azucarera, bajo los términos y condiciones que se les suponen indispensables.

Admítase siquiera la necesidad de ensayar otro órden de cosas; pruébese a realizar en pequeño, y por vía de esperimento, la transformación de esa industria mista en dos granjerías independientes; fúndese por suscrición el primer *ingenio* destinado a operar ese cambio, y entonces me tendrán a su lado los que tal objeto se propongan, entonces brotarán de mi pluma simpatías y elogios para una empresa que más que ninguna otra, y por muchos motivos diferentes, puede consolidar y acrecentar nuestros recursos y nuestra estabilidad.

¿Quién pudiera no entusiasmarse con la idea de ver el territorio de Cuba pobla-

do de pequeñas heredades, en que si los cañaverales no formarían horizontes como hoy, alternarían admirablemente con el primoroso verde de nuestras vegas de tabaco y con la frondosidad de nuestros plátanos, animándose el paisaje con la infinita variedad de otras labranzas y cultivos, y más que todo, con el movimiento de una población compacta, laboriosa y feliz? No soy yo muy dado a églogas, pero bajo tales apariencias vería desaparecer la monotonía de hoy y el desierto y la aridez de mañana, que tales son los espectáculos que nos reserva el sistema actual. Pero más que todo, vería afirmada y desenvuelta nuestra agricultura, poblados nuestros campos, robustecida nuestra prosperidad, alejados para siempre la zozobra y el temor que, como la espada de Dámocles vienen siempre a turbar la serenidad de que disfrutamos.

Bendigamos al cielo porque en la caña de azúcar, en el tabaco y en otra porción de frutos codiciados de nuestro clima, depositó tesoros que hasta ahora hemos esplotado, solo como instrumentos de una ri-

queza fugaz y perecedera; pero hagámoslos servir en lo adelante a fundar sobre bases más anchas o inespugnables la prosperidad material y moral de una nueva civilización.

CARTA XXII

DE QUE MODO PUEDEN CONSOLIDARSE LA RIQUEZA Y PROSPERIDAD DE LA AGRICULTURA CUBANA

París 30 de octubre de 1857.

MI estimado amigo: Los mejores años de mi juventud se pasaron en los hermosos campos de la Isla de Cuba. Amé sus bosques y sus praderas, sus arroyos, sus pájaros y collados, con todo el fervor de la entusiasta poesía. Más tarde sucedió a esa admiración la codicia del propietario, y yo también derribé los gigantes árboles y apliqué la tea encendida a sus despojos esparcidos. Y ví como se siembra la caña, y como se esprime el jugo, y de qué manera cristaliza el azúcar.

Yo también cultivé los cafetos y pasé horas enteras recogiendo sus rojas cerezas. Nadie madrugó mas que yo por ver, al des-

puntar del alba, la tendida vega, y cómo se refracta en mil prismáticos colores el naciente sol en sus gotas de rocío! ¡Cuántas veces contemplé en silenciosa admiración doblegados los frondosos *platanales* con el peso de sus apiñados racimos! Y ví agrietarse y abrirse las tierras al empuje de la *yuca* o del *ñame* feculentos que se desarrollan en sus entrañas encerrados. Paso a paso seguí a la yunta *atrojada* cuando abría el surco, y mil veces arrojé en éste el grano reproductor del millo o del arroz. También aprendí del rústico guajiro cuándo se corta el *bejuco de buniato,* y le enseñé a mi turno por qué se le quitan las hojas antes de sembrarlo. Y lo que él cree y piensa y ejecuta lo sé yo, que no me contenté nunca con mirar solamente, sino que puse la mano al arado y afrenté intrépido los rigores del sol tropical.

Ahora bien, si esto lo saco a plaza, no es por hacer alarde de tan variada y múltiple esperiencia, que nada tiene por cierto de meritoria ni de fenomenal, sino que llamado hoy por otras circunstancias a ocuparme, léjos del país, en materias referen-

tes a nuestra agricultura, quisiera prevenir la objección que alguno intentara suscitar a mi práctica local. Tantas veces oí a la rutina invocar la tacha de teóricos contra sus adversarios, que no me pesa en estas circunstancias el poner mi propaganda al abrigo de esa banal argumentación.

Estudié, pues, primero en los campos que en los libros, y antes en mi patria que en estas apartadas tierras, llegando por fin a la conclusión de que en ninguna parte del mundo pudiera ser más rica, más próspera y duradera la agricultura que en nuestra Isla, si a ella se aplicasen todos los resortes y conocimientos que a tanta altura pusieron la industria rural de otros países ménos favorecidos.

Al hablar así debo explicar cómo entiendo yo esos calificativos, puesto que no faltaría quien quisiese redargüir con que nuestra producción agraria llena hoy cumplidamente todos los requisitos que pudieran apetecerse. Yo no llamo ni rica, ni próspera, ni duradera nuestra agricultura actual por muchas razones. ¿Cómo puede ser ella rica, cuando hace siglos se viene

practicando sin que le fuera posible hasta ahora pocos años pagar salarios á sus trabajadores? ¿Cómo será rica ni próspera, cuando para sostenerse tiene hoy que recurrir a la contratación de los brazos más baratos que se encuentran por el mundo, aunque traigan aparejados muchos inconvenientes y peligros? ¿Cómo será próspera ni duradera, cuando no depende de sus propios recursos sino que apela á los estraños y distintos? ¿Cómo ha de ser buena ni duradera cuando es migratoria y trashumante, cuando esquilma y esteriliza por donde quiera que pasa? ¿Y puede llamarse útil, ni benefiosa, ni envidiable una agricultura que necesita de razas determinadas para ejercerla, y que entre todas excluye precisamente á la que tiene á su favor la inteligencia, el saber y la civilización? ¿Será ni siquiera agricultura la que no puebla el país, sino que recluta estrañas legiones para desolarlo?

Vea V., amigo mío, por qué no deben confundirse las especies ni prodigarse títulos inmerecidos. Siempre que se quiera investigar el fondo de las cosas, se verá

que no pertenece á nuestro sistema agrícola ninguno de los caractéres con que hemos acostumbrado a engalanarlo, y que es real y urgente la necesidad de variar de rumbo en nuestros métodos agrarios, como no queramos permanecer siempre contentándonos con apariencias y usurpando dictados que no nos corresponden.

He dicho que de la experiencia y de la comparación puede deducirse la posibilidad de ser nuestra Cuba el país más rico y próspero de la tierra, considerado bajo el punto de vista de sus aptitudes naturales y de la escelencia de los frutos sobre que trabaja su agricultura. Esto mismo dicen y repiten cuantos conocen el país, no siendo nuestros hacendados los ménos afirmativos en este órden de apreciaciones y de elogios. Pero véales V. á la obra y se desengañará de que en el fondo creen y piensan otra cosa. Creen que el clima de su país es mortal para los trabajadores, y así es que se afanan por elegir entre las razas existentes de la humanidad las que más robustas aparecen y más refractarias al clima de los trópicos. Aseguran que la ca-

ña de azúcar no puede cultivarse sin las fuerzas musculares de los africanos, ó las de los otros pueblos que más se les acercan en rusticidad y vigor. Sin duda están convencidos de que el terreno no vale gran cosa, como no sea el que se acaba de descuajar, cuando se van recorriendo, hacha en mano, toda la superficie de la Isla para asentar temporalmente sus nómades penates. Y tan poco se fian, aun así, de la celebrada fecundidad de nuestras tierras, que lo mismo para el azúcar, como para el café y el tabaco, no se conforman con la estensión que en todo otro país constituiría la gran propiedad agrícola, sino que no llaman verdaderas haciendas á las que no cuentan las *caballerías* por decenas y centenas.

Esa misma unidad agraria de *caballería* que prevalece en nuestra aritmética rural, está pintando el crédito que nos merece la riqueza limitada de nuestros terrenos. Hábleles V., por otra parte, de yuca, de plátanos, de maíz, arroz y otros frutos tropicales, y ya verá V. el caso que hacen de esos ponderados tesoros de nuestro re-

pertorio agrícola. Extienda V. la vista por todo el país; examine V. los terrenos que hay eriales o abandonados; preste V. oídos á las conversaciones y á los rumores de la pública opinión; vea V. a nuestra juventud apiñada en las ciudades y solicitando puestos o empleos en todas las demás carreras, y conocerá entonces que la excelencia y los primores de la agricultura cubana no pasan de ser una leyenda que hemos recibido de la tradición, y que repetimos como artículo de fe sin ajustar nunca nuestra conducta á sus dictados.

Pero la leyenda tiene razón, y los que carecen de ella son los que se empeñan en desmentirla con su práctica y con sus usanzas. Ninguna otra comarca del mundo posee tierras más feraces, ni producciones más variadas y remuneradoras; en ninguna otra parte rinde más el esfuerzo de un solo hombre, ni encuentra más numerosos auxiliares. Allí sobran poco terreno y poco trabajo para producir mucho, con lo que se refuta el sistema esclusivo de las grandes propiedades y la exageración de las fuerzas esplotadoras. Con tantos elemen-

tos, más se necesita de la inteligencia del blanco que de la fuerza muscular del hombre de color; más de la industria y del saber que de la acción de los grandes capitales y la robustez corporal. Cuba debiera ser por excelencia la patria de la pequeña propiedad y de los cultivos en escala menor. Allí hay seguro refugio y tranquilo puerto para la preponderante población de algunas regiones europeas. Hasta las mujeres y los niños encontrarían en sus campos fácil y asegurada remuneración. Sin esceptuar la caña de azúcar, todas sus labranzas convidan al trabajo y á la inmigración.

Pero todas estas ventajas é incentivos permanecen estériles é improductivos, porque nuestros sistemas y nuestros hábitos tienen levantado un valladar á sus útiles y posibles efectos; porque persistimos en mantener indivisa la principal industria agrícola del país, compuesta de dos grangerías que aunadas son inasequibles á la pequeña propiedad y repugnan al trabajo de nuestra raza; porque estamos siempre demostrando con nuestro egemplo que so-

lo á fuerza de brazos, de terreno, de capitales y del más ímprobo trabajo se puede medrar en la agricultura del país; porque lo decimos entre nosotros y publicamos en el estranjero, que nuestro sol mata al hombre de los climas templados é imposibilita la labor de los campos por colonos de nuestra estirpe; porque léjos de abrazar nosotros mismos una carrera que en el lenguage habitual colmamos de elogios y de celebraciones, la tenemos abandonada y entregada en brazos de la ignorancia y de la fuerza brutal; porque, en fin, la hemos degradado, envilecido y desprestigiado, confiándola esclusivamente á razas estrañas y antipáticas á nuestros hábitos y á nuestra cultura.

En nombre de la práctica y de la teoría, debemos pronunciarnos contra semejantes usos y creencias. En nombre del patriotismo alzemos la voz contra la perpetuidad de un órden de cosas tan contrario á los verdaderos intereses del país. En nombre de la civilización á que nos jactamos de pertenecer, apelemos de semejantes máximas y tendencias que acabarían por

sumirnos en un abismo de males sin cuento. Haga lo que le parezca la agricultura constituída; que para ello le sobran el derecho y desgraciadamente también el poder; pero suscitémosle un concurrente y un rival, un émulo y un vencedor en la nueva agricultura que venimos proponiendo, la agricultura de nuestra raza y de la pequeña propiedad, la de la inteligencia y el saber la que nos dará pobladores verdaderos y verdadera riqueza y la perenne prosperidad del país.

Constituyamos la pequeña propiedad agrícola, demostremos con el ejemplo que la caña, el maiz, el tabaco, el plátano, la yuca pueden cultivarse en escala menor con grande utilidad para los que concentren en pequeño espacio los trabajos que hoy se prodigan en aniquilar las riquezas naturales del país; probemos que con ese sistema, léjos de agotarse la feracidad de la tierra, cada día irá en aumento, cada año producirá más pingües resultados, y que cada nueva generación encontrará disminuído su trabajo y acrecido el atractivo que fije y consolide su dedicación a nuestros campos,

y regenerará con su ardimiento y su superior saber la agricultura despreciada y envilecida que hoy poseemos.

¿Pero por qué se me deja á mí solo en esta propaganda y predicación? ¿Por qué no encuentro en la prensa cubana colaboradores más elocuentes y autorizados? ¿Será acaso que esté yo abogando por el error ó proponiendo una utopía? En ese caso ¿por qué no se me contradice? ¿por qué no se inicia la discusión y se decide la materia? ¿Por qué no se fijan de una vez la verdadera teoría y la mejor práctica de nuestra agricultura?

Dios quiera, amigo mío, que ese silencio y ese abandono no sean síntomas todavía más perniciosos y temibles, los de la indiferencia, que en materias agrícolas, como en otras más grandes, es la ruina de las sociedades. En ese caso me quedará el consuelo de no haber pertenecido al partido de los mudos, y de haber dejado consignada mi protesta.

Con la de mi invariable amistad se despide de usted por hoy su afectísimo.

CARTA XXIV

A DON DOMINGO G. DE AROZARENA, EN LA HABANA

París 14 de noviembre de 1857.

AMIGO mío: Es verdad, lo confieso: quisiera ver cambiada y profundamente alterada toda la agricultura de Cuba; quisiera que no se hiciesen ilusiones ni los que la creen buena, ni los que la consideran duradera bajo sus bases actuales. Desearía ver el país poblado de pequeñas heredades, en lugar de ostentar solo aquí y allí esas fincas colosales que hoy forman nuestro orgullo. Quisiera, sobre todo, que el cultivo de la caña de azúcar, que hoy forma el patrimonio de unos pocos, estuviese al alcance de los muchos. Vería con el mayor placer que los grandes capitalistas se decidieran á plantear en todo el territorio ingenios de fabricar azúcar, y dejasen la la-

branza de la caña a cargo de los pequeños propietarios, brindando empleo y atractivo al mayor número. Me colmaría de gozo ver salir nuestra industria pecuaria del marasmo en que hoy vegeta, y contribuyendo por su parte á la alimentación general y al restauramiento de nuestras tierras empobrecidas. Aplaudiría de todo corazón que de nuestras vegas de tabaco, sitios de labor y trenes de yuca se formasen predios mistos, en que esas labranzas asociadas a las de la caña en las proporciones más arregladas á la demanda y á los buenos precios, constituyesen una agricultura previsora y libre de eventualidades.

Y todo esto lo deseo y lo apetezco y lo ambiciono, porque así no más desaparecerían los males que hoy veo amenazar á nuestro país, adormecido en los halagos de su prosperidad presente. Por qué entonces se trocarían en condiciones sólidas y duraderas las que hoy no son más que precarias y transitorias. Porque así se estendería el cultivo por todas partes y se acrecería la riqueza y el bienestar general del país. Porque entonces los brazos buscarían á la

tierra, en lugar de ser buscados ellos mismos y reclutados donde menos conviene. Porque, en fin, sin sacrificios ni peligros, veríamos asentarse en el país un núcleo de población la más conforme á nuestros intereses y la única que creciendo y aumentándose puede asegurar la estabilidad de Cuba y encaminarla á más espléndidos destinos en el porvenir.

Ahora bien, si para lograr estos resultados fuera necesario trastornar o comprometer lo existente; si se aconsejara un cambio súbito o la interrupción de nuestros procedimientos actuales; si se desconociese el derecho, y hasta el deber de los actuales propietarios de continuar explotando sus fincas como lo entienden, y como acaso lo exigen sus compromisos, y su posición, entonces yo comprendería que se llamase utopista y majadero al que tales mudanzas y violencias propusiera, y que se le mandase callar en nombre de la razón y del interés de la comunidad.

No es esa, amigo mío, la posición que yo he asumido ó querido asumir. Respeto los derechos adquiridos y me inclino ante

las exigencias del momento; reconozco las dificultades de toda transición, y los inconvenientes que se seguirían de un entorpecimiento de nuestra producción; me someto á la necesidad de conservar lo que existe y aún, si se quiere, de fomentarlo dentro de los límites de la legalidad y de la conveniencia. Hasta aquí y nada más.

Pero no se asusten tampoco los que participen de mis convicciones y sean favorables a mis propuestas. Una vez hechas todas esas concesiones, todavía queda un campo vastísimo a nuestras ideas. Todavía quedan las tres cuartas partes, según unos, y las cuatro quintas, según otros, del territorio cubano por esplotar. Todavía tenemos por delante los terrenos yermos que va dejando la agricultura actual, y la imposibilidad de aprovecharlos por su sistema. A nuestro favor están también la creciente dificultad del surtido de brazos y la necesaria limitación de esas esplotaciones fenomenales y costosas. Por otra parte, bullen ya en el cerebro de la nueva generación pensamientos de adelanto y de progreso. La industria ya va ganando

partidarios, y la enseñanza profesional cuenta por centenares sus aprendices.

Todas estas circunstancias y tendencias apoyan nuestro intento, que no debe ser otro que contraminar por medios legítimos la persistencia del sistema vigente y prepararle un vencedor y un sustituto. Pero no hay que dormirse ni debemos permanecer inertes. Ese sistema tiene echadas profundas raíces y las estenderá si se les deja el campo espedito. Hay que disputárselo en la esfera de la teoría y combatirlo en el terreno de la práctica. A sus eternas proposiciones, admitidas sin exámen, consentidas sin controversia, adoptadas sin resistencia, urge oponerles contraposiciones apoyadas en la razón, basadas en la lógica, sostenidas por la ciencia y la analogía. Que no hable una sola voz sin que le vaya la respuesta. Si invoca consideraciones especiales ó apunta intereses de momento, hagámoslo callar con la demostración de intereses más generales, permanentes y absolutos.

Quede por lo ménos reducido al silencio el sistema de la rutina y de las conve-

niencias particulares. Que no siga pervirtiendo con sus sofismas el sentido general, ni justificando su marcha con argumentos especiosos. Sobre todo que no pretenda perpetuarse oponiendo estorbos á un mejor órden de cosas. Así se le detendrá en su carrera y se le sujetará en sus invasiones. Pero todavía vivirá y medrará y quedará dueño de sus posiciones actuales, si no le presentamos la batalla decisiva en el propio terreno de la ejecución. Allí es donde reside toda la vitalidad del mónstruo. Opongásmole baluarte a baluarte y trinchera a trinchera. Surja en Cuba la milicia de los pequeños propietarios; váyase apoderando por compras o por arrendamientos de los terrenos abandonados ó despreciados por el gran cultivo; atraiga a sí, por sus superiores métodos y por su mayor recompensa, todos los brazos disponibles. Funde provisionalmente pequeños trenes centrales de elaboración de azúcar mascabado, miéntras aparecen otros en mayor escala y más perfectos. Hoy aquí y mañana allí y luego en todas partes, vaya rodeando y circunscribiendo con sus caña-

verales los del sistema opuesto, con la seguridad de que gradual, pero indefectiblemente, le irá éste cediendo el campo y reduciéndose á círculo más estrecho hasta que convencido de que es desventajosa la pelea y desigual la lucha, se llame a capitulación y le abandone el campo, reservándose solo la elaboración del fruto.

Esta campaña metafórica que propongo no la vaya nadie a tomar en mala parte. La hostilidad está en las palabras y no en las ideas ni en los sentimientos, que en Cuba son siempre pacíficos é ilustrados. Felizmente que ni nuestra legislación, ni nuestras costumbres, ni nuestros antecedentes oponen el menor obstáculo á la libre competencia en el terreno del trabajo y de la producción. Esta competencia es la que quisiera ver iniciada, y la única que aconsejo, con la confianza de que ella sola puede resolver los diversos problemas que se vienen hoy agitando en el país. Si la pequeña propiedad no está más generalizada en la Isla, débese, no á ninguna dificultad material en su adquisición, sino á las erróneas ideas que siempre han prevalecido acer-

ca del trabajo tropical. Háse creído siempre, y creen algunos todavía, que sin mucho terreno y muchos brazos no se puede medrar en nuestra agricultura. Por eso quedó el terreno espedito y desembarazado para el sistema que rije. Este creció y se estendió á favor también de otras circunstancias que felizmente han desaparecido: de manera que yo no sé qué escusa puedan invocar para no obrar, los que hoy criticasen la gran propiedad sin combatirla en su terreno vulnerable, que es el de hacer mejor que ella en el campo de los hechos. Esto es posible y me atrevo á decir que la victoria será segura, si nuestra juventud cubana, la que no heredó caudales ni tampoco las falsas tradiciones de nuestra agricultura, se penetra de las ventajas de ésta, de los inmensos recursos que brinda en nuestro país, cuando se esplote con mejor inteligencia y con medios más racionales que hasta aquí.

En el cultivo del tabaco hay una mina de riqueza para los que quieran tomarse el trabajo de explotarla. Con el cultivo de la caña y de los demás frutos del país, fuera

fácil demostrar que no serían menores los resultados, si abandonando las añejas ideas **sobre la necesidad de grandes estensiones** de terreno y de brazos importados al efecto, se quisiesen ensayar los métodos que ahorran trabajo y aseguran y centuplican las cosechas. Es tan fecunda nuestra naturaleza, tan pujantes los agentes meteorológicos de la vegetación cubana, tan variados y valiosos los frutos de su privilegiado territorio, que no es fácil comprender como no se dedican al cultivo todos sus habitantes para aprovechar tan inmensa y gratuita colaboración. El trabajo no es duro ni riguroso sino para aquellos que desconociendo todas las reglas y hollando todos los principios, se proponen obtener de un campo ilimitado de operaciones, lo que logran la inteligencia y los buenos métodos concentrando y variando sus esfuerzos. El sol de Cuba solo quema y mata las ambiciones desmedidas, ó la torpeza de los que confunden el ejercicio muscular con el empleo útil de nuestras facultades. Para el hombre justo, laborioso e inteligente sus rayos son benéficos y su acción decisiva.

Si estas verdades, amigo mío, se inculcan y vulgarizan, si más que todo, se logra demostrarlas con algunos egemplos prácticos, que tan fáciles serían; si nos decidimos, en fin, á encaminar los ánimos hácia esa necesaria y útil transformación de nuestra agricultura, conquistando en favor de ella el ardor y la generosa ambición de la juventud cubana, entónces habremos cumplido con provecho nuestra misión y merecido bien de todos nuestros conciudadanos.

Este es el más ardiente deseo de tu afectísimo.

CARTA XXVI

DIALOGO QUE TUVO LUGAR EN PARIS ENTRE UN HACENDADO PROGRESISTA Y OTRO DE LA ESCUELA ANTIGUA

París 24 de noviembre de 1857.

AMIGO Director: Remito á V. el siguiente diálogo, que no es invención de mi caletre, sino que realmente tuvo lugar aquí, no ha mucho tiempo, entre dos hacendados de nuestro país.

Dice así:

D. José.—Vaya, D. Agustín, que tiene V. ideas peregrinas. ¿Con que de véras cree V. que no hay para que moverse, ni llenarse la cabeza de proyectos ni de mejoras aplicables á nuestro país? ¿Le parece á V. que allá va todo viento en popa, y que no hay más que dejar correr la bola como rueda; que al fin y al cabo esto es lo que aconseja la sabiduría?

D. Agustín.—Y ¿cómo que si lo pienso? Me afirmo y ratifico en cuanto llevo dicho. Nuestra situación ha sido y es próspera, sin necesidad de que nos estén continuamente sermoneando con lo que se hace en Francia, y cómo se siembra en Alemania, y qué es lo que practican los ingleses. Sí señor, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena. Aquí me tiene V. a mí, que en mi vida he abierto un solo libro que trate de agricultura, ni de industria, ni de ninguna de esas teorías con que me está V. siempre rompiendo la cabeza. Pues á fé que nada me falta, y con mi *ingenio viejo,* y mi trapiche de bueyes, y mi tren jamaiquino, tengo lo bastante para sostener mis obligaciones, y aun para darme el gusto de pasear por Europa con toda mi familia.

D. José.—Mucho lo celebro, D. Agustín; pero ¿no sería todavía más grato para V. el mejorar y aumentar esa buena posición personal, contribuyendo por su parte al adelanto y bienestar de todos sus conciudadanos?

D. Agustín. — Pamplinas, señor D. José. — Ahí tiene V. á nuestro malogrado amigo D. Manuel, que por quererse meter en reformas y proyectos, no solo se arruinó á sí mismo y á toda su familia, sino que quebrantó su salud y acabó por morirse sin haber acertado á plantear ninguna modificación duradera.

D. José.—La verdad es que el pobre fué digno de mejor suerte, pero sepa V. que con un poco de más prudencia y algún tanto ménos desinterés, habría evitado los compromisos y desastres que le sobrevinieron. En lo que no estamos conformes es en lo de que nada dejó de provecho para su país. No solo se adoptaron después y perfeccionaron muchas de sus ideas y de sus empresas, consideradas entónces como delirio, sino que también surgieron otras con ellas relacionadas. Sus amigos, que eran muchos, si no heredaron todo su fervor en el acometimiento de mejoras, sacudieron la inercia en que yacían,y unos en este ramo, y otros en aquel, todos salieron ganancioso con el espíritu de progreso que logró inocular en el país. ¿Todo esto le parece

á V. nada? ¿No comprende V. que así es como se difunden y vulgarizan los adelantos, y que aparte su desgracia, que todos han sentido, la memoria de D. Manuel vivirá más tiempo que la de tantos y tantos como medran y gozan á costa de lo que otros trabajaron y pensaron, sin cuidarse de marcar su paso por este mundo con ninguna idea nueva ó hecho fecundo? Créame V., D. Agustín, de esos sublimes arruinados necesita Cuba unos cuantos más para emanciparse de la rutina que esteriliza sus inmensos recursos.

D. Agustín.—No seré yo uno de ellos, ni habrá quien me persuada que deba yo esponer una posición de fortuna asegurada para tentar novedades de que otros, si alguien, han de ser los aprovechados. La caridad bien entendida debe principar por casa.

D. José.—Entendámonos, señor D. Agustín; no pretendo yo que se corra á ciegas en el campo de las innovaciones, ni que sea dado á todo el mundo el consumar esos heroicos sacrificios. Lo que digo es, que esa misma caridad personal que V. invoca, de-

biera incitarle á meditar y estudiar si no habría medio de mejorar esa posición en beneficio propio y de sus hijos. Lo demás sería una consecuencia inevitable de la solidaridad que en todo pueblo liga los intereses individuales con los generales.

D. Agustín.—Pero señor, ¿a qué romperme la cabeza con estudios á que no estoy acostumbrado, ni meterme en lidias ni esperimentos, que las más de las veces lo que producen son gastos y desengaños? Luego también, ¿quién me dice á mí que todas esas mejoras, muy buenas y muy santas, que aquí estamos admirando, no saldrán fallidas cuando se las trasplante á otros climas, y se las someta á otras condiciones que aquellas en que las estamos viendo?

D. José.—En primer lugar, amigo D. Agustín, el estudio sienta bien á todo hombre que tiene cabeza sobre los hombros, porque en esa cabeza se abriga una inteligencia que le fué dada para egercitarla y perfeccionarla. Solo á los brutos les es lícito pasar la vida entre la alimentación y el sueño, que es para lo que los habilita su or-

ganización imperfecta; pero el hombre, que posee un alma imperecedera, una razón para guiarle, si las deja ociosas é inactivas, rechaza los dones del Creador y se rebaja á la condición del animal. V. no es médico, ni abogado, ni eclesiástico, y hace perfectamente en no meterse á su edad á profundizar las ciencias sobre que reposan aquellas profesiones. Pero es V. hacendado, vive y medra por el producto de la tierra, y á menos de contentarse con ignorar, como ignora el buey que abre el surco ó el esclavo que lo siembra, está V. obligado á estudiar y comprender los fenómenos sobre que descansa la suerte de V. y de toda su familia. De mí sé decir que abrigo una compasión profunda hácia el hombre que testigo de las maravillas de la vegetación, no se siente inclinado á inquirir el cómo y el porqué de esos prodigios; pero por si acaso ese hombre depende de ellos y tiene hijos á quienes legarle la misma herencia, entónces la compasión se transforma en no sé qué sentimiento repulsivo, como contra quien usurpa en la creación un puesto que le corresponde á otro.

No está V. en este caso, amigo mío; yo bien sé que aunque no consultó V. los libros que tratan de la materia, porque tampoco lo hizo su padre ni se lo enseñó á hacer, V. posee un caudal de observaciones propias con las que cree innecesarios otros estudios. Precisamente de eso es de lo que me quejo. Me duele que un hombre de sus buenas partes sobreponga su sola esperiencia á la esperiencia de todos los demás, porque ha de saber V. que esas que llama teorías no son otra cosa que la resultante general, la síntesis, digamos así, de las prácticas y observaciones de muchos millares de hombres en todas las épocas y latitudes.

Dígame V., cuando enferma uno de sus hijos ¿no tiene V. infinitamente mayor confianza en el médico que estudió en las grandes Academias y practicó en los hospitales públicos, que en aquel otro que jamás salió de su aldea ni abrió otros libros que los que servían de testo en tiempo de María Castaña? ¿Porqué esa diferencia? Claro es; porque el primero es depositario de la ciencia y esperiencia de todos los

que le precedieron, mientras que el otro no puede invocar más que su saber personal, que por grande que sea no puede equivaler al saber colectivo de muchos juntos. La ciencia y la práctica en esto se distinguen, que la ciencia es la práctica de todos, mientras que la práctica es la ciencia de uno solo. Créame V., con un poco de estudio y de ciencia se sabe á punto fijo las mejoras de que es susceptible nuestra agricultura, y las innovaciones que convenga ensayar en Cuba. Yo no le diré a V. que aclimate allí la vid ni que se empeñe en cosechar el lino; pero en las prácticas agronómicas de Europa, verá V. un millón de adelantos, que son aplicables así en el Ecuador como en los límites más estremos del polo donde el hombre labra la tierra. Las leyes de la mecánica, por ejemplo, son universales, y si en Cuba se emplea tradicionalmente un arado que infringe todas esas leyes, ¿habrá razón para achacar á las exigencias del clima lo que es efecto de nuestra pereza y rutina? Si en nuestro país se esquilma y empobrece la tierra, como en todas partes, ¿no deberemos devol-

verle el vigor y la fertilidad perdida, por los mismos medios ú otros análogos con que aquí se perpetua el rendimiento de los campos? Si nuestros ganados van cada día á menos en cuanto á los servicios que pueden prestarnos, ¿rechazaremos los medios de mejorarlos porque se llaman Francia ó Inglaterra los países que nos están dando los mejores egemplos?

D. Agustín.—Todo eso está muy bueno, señor D. José, pero no resuelve la cuestión, que es la de saber si yo, que bien que mal tengo asegurada mi zafra y mis entradas anuales, debo esponerme á verlas comprometidas ó mermadas con variaciones y cambios desusados. Mientras V. no satisfaga á esta condición del debate, toda su argumentación pecará por la base.

D. José — Entiendo, entiendo, amigo mío, y si ese es el último baluarte en que se cifra su defensa, lo va V. á ver deshecho y por tierra con la mayor facilidad. V. pudiera encontrarse en condiciones tan escepcionales, que no le fuesen aplicables los motivos de urgencia que claman por reformas en las noventa y nueve centésimas par-

tes de todas las fincas de Cuba. Una golondrina no hace verano, como dice muy bien el refrán. ¿Pero está V. cierto y satisfecho de que sus entradas no corren peligro con la variación de precios, con la creciente escasez de brazos, con las vicisitudes del clima, y el necesario depauperamiento de sus terrenos? ¿Está V. seguro de que no vendrá á modificarse en lo adelante alguno de los elementos que hoy constituyen su situación privilegeada? Claro es que no, y que, por consiguiente, sí para V. no hay la urgencia, subsiste la conveniencia de estar preparado para todas las eventualidades.

Pero hay más; ¿quién le ha dicho á V. que no puede ensayar reformas sin comprometer ó disminuir sus zafras? ¿Quién ha pretendido que adopte V. innovaciones tales que interrumpan o aplazen la bienandanza de que V. disfruta? Ensaye V. en pequeño, mejore V, paulatina y gradualmente, este año un poco, y un poco más el año siguiente. No sacrifique V. un cañaveral entero para esperimentar el efecto de un nuevo arado ó la eficacia de un abo-

no diferente. Bastan un medio cuarto de tierra para campo de ensayo, y algunos ratos perdidos para someter á prueba algún nuevo procedimiento: las mismas razones que V. invoca para no moverse son las que yo aduzco para que no se quede V. estacionario é indolente. Si V., que no tiene apuros, que goza de caudal saneado é independiente, no ensaya y mejora para provecho propio y del país, ¿cómo podrán hacerlo los que se encuentran en circunstancias desventajosas y aflictivas? Ya lo vé V.: lo que le hace falta es la milésima parte de la chispa, del genio de la abnegación que sobraban en nuestro querido y llorado amigo Don Manuel; y si no puede, ó no quiere, ó no sabe V. iniciar estos pequeños ensayos, todavía le queda abierto otro camino, que es el de asociarse con otros amigos y emprenderlos á *escote,* como se hace aquí y en Inglaterra, y en donde quiera que los hacendados comprenden sus verdaderos intereses. De esta manera podrían plantearse las esperiencias en escala mayor, y decidirse algunos otros puntos importantes, y casi puedo decir vitales, porque de ellos depen-

da acaso todo nuestro porvenir agrícola. Vea V., por ejemplo, la separación del cultivo de la caña de la fabricación de azúcar.

D. Agustín.—Ya estaba yo estrañando que no me saliera V. con ese proyecto que le asedia como una pesadilla. Digo y repito á V., señor D. José, que no daré en mis días un solo centavo para esa empresa. No faltara más, sino que quisieran algunos persuadirnos que debemos comprar cañas para la molienda, cuando podemos sembrarlas y cosecharlas nosotros mismos.

D. José.—Escúcheme V., D. Agustín. No quiero hoy repetir argumentos, ya dichos hasta la saciedad, para probarle que así como V. compra la camisa que se pone ó los zapatos que gasta, en lugar de fabricarlos V. mismo, de la propia suerte le tendría a V. infinitamente mayor cuenta no distraer sus recursos y atenciones de la fabricación de azúcar, ocupándose además en las minuciosas tareas y corriendo todos los riesgos de la siembra de la caña. Hasta los niños de las escuelas comprenden hoy estas verdades. Pero ya hoy no se trata de lo que mejor convenga con arreglo a los

principios económicos. El caso es más grave. Se trata de que V. no podrá seguir sembrado la caña como hasta aquí, porque sus negros se van poniendo viejos y no hay modo de reponerlos. ¿Qué hará V? ¿Alquilará chinos? Esto no es más que un paliativo que tiene grandes riesgos é inconvenientes. El día que baje otra vez el precio del azúcar, ya verá V. lo que habrá que pensar de la colonización china.

Mire V., D. Agustín, el cielo está tratando á Cuba con una predilección marcada. Todas esas cuestiones del trabajo colonial las ha dado á agitar y á resolver á otros países para que nos sirvan de enseñanza y de amonestación. Hasta ahora nada bueno han hecho, porque se empeñaron en conservar asociados dos elementos incompatibles en la nueva organización de su trabajo agrícola. Escarmentemos en cabeza agena. Antes de pensar en la menor variación esencial de lo existente, sepamos como hombres precavidos preparar el campo á cuanto pueda acontecer. Separar el cultivo de la caña de la fabricación de azúcar, por grados pero con constancia, no

compromete lo presente, sino que consolida nuestra producción, y la hace independiente en el porvenir de todas las modificaciones que puede acarrear el curso de los sucesos. ¿No le tienta á V. esta perspectiva? ¿No querrá V. contribuir con su óbolo á los ensayos que puedan hacerse en esa vía?

D. Agustín.—Confieso que no comprendo á dónde va V. á parar.

D. José.—Se lo esplicaré a V. otro día porque ya es tarde hoy; pero entonces verá V. que en mis consejos no hay violencia ni arrebato y que abogo por reformas que nada tienen de arriesgadas, sino que por lo contrario son hijas de la prudencia y de la previsión.

D. Agustín.—Eso es lo que falta por saber.

D. José.—Y lo que yo me comprometo á probar.

De su affmo.

INSTITUT DES HAUTES ÉTUDES DE L'AMÉRIQUE LATINE BIBLIOTHÈQUE

CARTA XXVIII

A D. DOMINGO G. AROZARENA

París 12 de diciembre de 1857.

QUERIDO Domingo: más que en ninguna otra parte del mundo reina en Cuba la creencia de que la agricultura es un simple arte, que puede ejercerse sin conocimientos previos, ó para el cual basta la tradición ó la práctica corriente del país. Este erróneo concepto tiende ya á desaparecer de todo pueblo civilizado, y no fuera difícil demostrar, que al paso que van hoy las cosas, dentro de pocos años la agricultura vendrá a ser real y no ficticiamente considerada y atendida, como la principal y más importante de todas las ciencias para el progreso y prosperidad de las naciones. Esta previsión adquiere cada día mayores quilates de certeza, á medida que adelantan los demás conocimientos auxiliares sobre que reposan las teorías agrícolas.

La química y la fisología vegetal, sobre todo, han logrado disipar las tinieblas en que hasta ahora estaban envueltos los fenómenos de la agricultura, y permiten ya dirigirlos y dominarlos á voluntad, como sucede en los demás procedimientos industriales.

¿Por qué, pues, no se nota en nuestro país la menor tendencia á salir del grosero empirismo en que venimos engolfados desde la fundación de nuestra agricultura? Y si circunstancias escepcionales pudieron contribuir hasta ahora á que no nos apercibiésemos del atraso en que hemos vivido, ¿no ha sonado ya también para nosotros la hora apremiante de entrar por el carril del progreso moderno?

Porque, en fin, ya nosotros hemos comprendido que para ser médicos, abogados, literatos ó ingenieros, es necesario consagrar una parte de nuestros mejores años al estudio de las ciencias que sirven de base a esas profesiones. Ya en Cuba tenemos cátedras y universidades concurridas, donde se adquieren los conocimientos indispensables para esas carreras. ¿Por qué, pues,

permanece la ciencia agrícola sin maestros, sin sectarios ni favorecedores? ¿Por qué continuamos en el *statu que* más vergonzoso, cuando todo alrededor nuestro se mueve y progresa?

Una razón muy principal, que esplica esa inercia, es seguramente la de que, acostumbrados desde pequeños á estar y pasar por lo que dicen y hacen nuestros guajiros y mayorales, ni siquiera sospechamos que exista un código de doctrinas capaz de guiarnos en el cultivo de los campos. Agrégase á esto, que nuestra florida y próvida naturaleza no parece al vulgo de los observadores necesitar, tanto como otras comarcas, de la ayuda y cooperación del hombre, para prodigarnos sus dones más esquisitos. La organización del trabajo, por otra parte, y los ventajosos precios hasta ahora obtenidos por nuestros frutos, pudieron además disimular los desaciertos de una rutina, que como la del castor se viene trasmitiendo de generación en generación sin cambio ni evolución.

Pero todo esto que tuvo su razón de ser y su esplicación en lo pasado, ¿no lo esta-

mos viendo modificarse y alterarse con el trascurso del tiempo, exigiendo por consecuencia una variación equivalente en los métodos y sistemas observados hasta ahora? ¿Seguiremos confiando á nuestros incultos campesinos, la difícil tarea de adaptar nuestra agricultura a las nuevas exigencias de nuestra situación como pueblo productor? ¿No se van ya cansando y esterilizando nuestros campos, a fuerza de producir siempre sin recibir nada en cambio que renueve su vigor? ¿No escasea hoy y es difícil sobre manera el surtido de brazos, para una agricultura que tiene por fisonomía característica la prodigalidad y desperdicio de sus fuerzas? ¿No estamos abocados a una crisis, más ó ménos próxima, de descenso en los precios de nuestros frutos, como ya sucedió con otro que pereció en nuestras manos porque no supimos ó no quisimos precavernos á tiempo?

Entendida y practicada la agricultura como ciencia sujeta a principios, y no como arte rutinario, puede sacarnos incólumes de todas las vicisitudes que nos amenazan. Ella sola podría combatir victorio-

samente contra el cansancio de la tierra y la baja de los precios; ella improvisaría trabajadores con los agentes naturales, y poblaría nuestros campos con los mejores obreros; ella variaría, mejoraría y sostendría nuestra producción al través de todos los cambios y exigencias del comercio. Y cuando todo esto y mucho más le es dado realizar; cuando solo ella puede alejar los peligros y precaver de ruina a una comunidad tan avanzada e importante como la nuestra, ¿seguiremos contemplando con indiferencia sus triunfos y prodigios en otras partes y negando o desconociendo su eficacia entre nosotros?

Tiempo es ya, hombres de Cuba, de renunciar a los errores en que hasta ahora hemos vivido. Hasta aquí fué nuestra providencia el acaso, y nuestro acierto las circunstancias. Tócanos ya asentar sobre cimientos seguros el edificio de nuestra prosperidad. Lo fortuito y lo adventicio sepamos fijarles con el saber y la previsión. No dependamos ya más de la rutina, que es la ignorancia, de la naturaleza que es caprichosa, de las estaciones que son variables,

del comercio que es inconstante, de los brazos importados o contratados que son perecederos o precarios. Fundemos de una vez la agricultura de la civilización, que es la agricultura de la ciencia; la que no destruye ni aniquila sino que fecunda; la que centuplica y varía las cosechas en el menor espacio posible; la que no da descanso a la tierra sino a los brazos; la que con el agua, con los abonos, con los ganados, con las labranzas alternadas, con los buenos instrumentos constituye una plana mayor más eficaz que toda una cohorte de trabajadores; la que atrae, fija y multiplica en los campos una población morigerada, inteligente, moral, verdadero sostén y grandeza de una nación.

Pero esto no lo conseguiremos nunca mientras se sucedan unas a otras las generaciones de nuestro país, sin que se las eduque en el conocimiento de la importancia y escelencia de la agricultura, mientras no se les muestre desde muy temprano que hay otras vías de medro y de provecho en nuestros campos que la de heredar un ingenio o una hacienda; mientras no se les incul-

quen otras ideas que las reinantes acerca del trabajo tropical y de la necesidad incesante de importar brazos heterogéneos. No se logrará esto, no, mientras que veamos alentadas y favorecidas todas las demás carreras, y condenada por la opinión, la de la agricultura, á aparecer como un arte rústico y grosero, bueno solamente para el ejercicio de la fuerza corporal, ó para desplegar la energía del mando y de la dominación. Tenemos antes que rehabilitarla en el hogar doméstico, en las escuelas primarias, y en las aulas de la universidad. Necesitamos elevarla al rango de ciencia que le corresponde, y crearle sus cátedras y sus facultades.

Es indispensable que comprenda nuestra juventud, que acaso no hay un solo ramo de los conocimientos que no se enlace más ó ménos directamente con la nobilísima profesión del cultivo de los campos. Digásele, pruébesele y enséñesele, que para ninguna otra son tan necesarios el ejercicio de nuestra intelijencia y el empleo de todas nuestras facultades; que por ninguna otra tampoco se presenta una perspec-

tiva mayor de gloria, de honra y de provecho.

Cuando todo esto hayamos hecho, se despertarán el entusiasmo y la ambición y surgirán vocaciones hacia la distinguida carrera de la agricultura, no ya en la clase de mayorales ó capataces á que hoy se hallan reducidas, sino en la de agrónomos inteligentes, que vayan á esplotar en toda la Isla los riquísimos tesoros vejetales que yacen olvidados por nuestra incuria é ignorancia. Esa será la nueva milicia que con sus conquistas y con su ejemplo fecundará todo el territorio diversificará y multiplicará los cultivos, propagará los nuevos métodos y resolverá la cuestión de brazos en el sentido más favorable á las aspiraciones de un pueblo que no quiere pasar como un meteoro en la historia, sino consolidarse, crecer y vivir en el porvenir.

Nosotros los hombres de la generación que está á punto de desaparecer de la escena, legaremos una estéril herencia á nuestros hijos si no les dejamos trazado el camino que han de seguir para consolidar la fortuita prosperidad de hoy, y para pre-

parar la que únicamente puede convenir y perpetuarse en lo futuro.

Pasó ya para no volver el imperio de la rutina y de la casualidad. Cuba, que se dice agricultora por escelencia, es necesario que lo pruebe con los hechos, no viviendo al día y al capricho de las circunstancias, sino abrazando el problema agrícola en toda su magnitud dominando todos sus elementos, asegurando, acreciendo y perpetuando por el trabajo inteligente de sus hijos las envidiables producciones que contiene en potencia su feracísimo territorio. Esto se conseguirá con el estudio y con el saber, capitales más valiosos en lo porvenir que todos los legados y riquezas del presente. La ciencia de la agricultura, hasta ahora desconocida ó despreciada entre nosotros; la educación de nuestra juventud, rectificada ó estendida hasta comprender en sus enseñanzas el noble arte que alimenta y sostiene á todos los demás; los ejemplos metodizados y propagados, los estímulos instituídos, la publicidad organizada, los servicios premiados; hé ahi, si no me engaño, lo que necesita Cuba ahora para

conservar el cetro de su preponderancia agrícola y esperar serena el porvenir. Sin esas bases firmes é imperecederas sobre que asentar su existencia en lo venidero, nosotros persistiremos en ver en ella el coloso con los piés de barro, el edificio levantado sobre arena movediza.

Domingo mío, que todos los que sientan agitarse en su mente las aspiraciones de la ciencia y del patriotismo, se unan á nosotros para proclamar estos principios, y para procurar su realización en nuestra patria. En la agricultura correjida, modificada y moralizada deben cifrarse las esperanzas de Cuba, así como se cifran las de tu invariable amigo.

CARTA XLII

A D. TORIBIO QUINTERO, EMINENTISIMO AGRICULTOR Y VEGUERO DE CUBA

Paris 6 de marzo de 1858.

AMIGO mío: Las ideas que vengo emitiendo acerca del pequeño cultivo en Cuba, y de las ventajas particulares y generales que serían la consecuencia de una agricultura ajustada a los buenos principios, no son solamente el resultado de una previsión teórica, ó inspiradas por la observación de lo que pasa en otros países, donde una dilatada esperiencia ha puesto de manifiesto las fecundas maravillas que emanan de los buenos sistemas de labrar la tierra. Me propongo hoy demostrar con un ejemplo real y local de la Isla de Cuba, que no porque atraviesen los mares, y se reduzcan a ejecución los sanos principios en los climas tropicales pierden por ello su innata bondad y eficacia.

El caso que voy a citar es tanto más sorprendente y decisivo, cuanto que el individuo que lo realizó en nuestra tierra no tuvo maestros que le enseñaran, ni libros donde aprender la serie de razonamientos por los que se elevó al fin al rango de agricultor práctico de los más eminentes que yo he conocido.

D. Toribio Quintero, que así se llama el protagonista de mi historia, fué a la Isla de Cuba, por los años 1822 ó 24, como va la mayor parte de los isleños Canarios, pobre de dinero y más pobre aún de cultura y de instrucción, si bien con un fondo inagotable de honradez, con un gran caudal de laboriosidad y un recto espíritu de observación. Cuando yo le conocí, que fué en el año 1826, estaba egerciendo las funciones de mayoral en un cafetal que pertenecía a mi familia, en el Cuzco, hacienda de Manantiales en el Departamento Occidental.

Distinguíase entonces más especialmente por el exacto cumplimiento de sus deberes, y por el ardor con que se dedicaba en sus horas desocupadas á adquirir las nocio-

nes más elementales de letras y cuentas. Para él no había domingos ni días feriados en que ausentarse de la finca á gallos y *changuíes,* ni entonces, ni después ni nunca montó caballos *rifosos,* como tampoco usó *machete* a la cintura, que siempre consideró como un estorbo o una tentación, jamás como una arma de defensa.

Decir que era sobrio, económico y guardador está de más porque ya se adivina. Lo que no tan claramente se manifestaba por entonces era ese espíritu asaz silencioso, de observación rural, que le facilitaba el ir atesorando nociones que más tarde habían de realizarse en la práctica con un brillo tal, que le valió, andando el tiempo, el renombre de *brujo* que le dieron los vecinos, asombrados con las maravillas de que fueron testigos. No quisiera equivocarme, pero me parece que fué por los años 29 á 30 que pidió su retiro, habiendo antes comprado con sus ahorros un *cuarto* de tierra en los mismos linderos del cafetal; tierra desmontada desde el principio del siglo, y tan pobre y tan maltratada por sus antiguos poseedores, que ya ni pasto producía.

Olvidábaseme decir que también compró dos *mulecones,* y con éstos, una yegua, una yunta de novillos y el perro de guarda, se instaló Quintero en su pequeña heredad.

Lo primero que hizo fué sembrar de *comer,* como decía él; pero no corriendo aquí y allí en busca de buenos hoyos o posiciones, sino arremetiendo de frente la dificultad, esto es *abonando* como pudo los terrenos más cercanos a la choza en que habitaba él con sus dos operarios. Yo ví abrir las *excavaciones* y llenarlas de tierra abonada, para sembrar en ellas las cincuenta cepas de plátanos con que comenzó Quintero su *conuco.* Yo presencié la operación de preparar los primeros cien montones de ñame, de que recibí luego en la Habana las primicias. Yo ví poner en tierra los *hijos de malanga* y sembrarse el primer *buniatal.*

Desde entonces comprendí y vaticiné que este hombre iría lejos, muy lejos en la industria rural. Quintero decía, y decía con mucha razón, que la tierra es el lugar donde crecen las plantas, pero no el en que se cuece su comida, con lo que daba a en-

tender la necesidad de trérsela preparada de fuera por medio de los abonos. También decía que mucha siembra es mucha deuda y poca huelga.

Conforme con estas y otras máximas que le había sugerido su penetración rural no se escedió jamás Quintero en la estensión de los variados cultivos que gradualmente fué adoptando, quedándose más bien corto del punto hasta donde hubieran podido alcanzar sus fuerzas. Se puede decir que todo era pequeño en su esplotación. Sus tablas de maíz, de arroz y de papas no llegaban nunca a la mitad de lo que suelen sembrar los más apáticos sitieros. Pero, ¡qué diferencia en el aseo, en el primor, en la lozanía de todas sus labranzas! ¡Qué enorme diferencia sobre todo en los resultados! Jamás conocí a Quintero apurado sino en tiempo de las cosechas. Fuera la que fuere la clase de éstas, siempre burló por escesò sus más halagüeñas previsiones. Lo que faltó siempre a esta heredad fueron almacenes capaces de guardar todos sus frutos, porque ha de saber V. amigo Director, que primero en el cuarto de tie-

rra con que se inició, y más tarde en la caballería y media de que nunca pasó, se encontraban constantemente asociados allí todos los cultivos de Cuba, la caña, el café, el tabaco, el plátano, el millo, el maíz, el arroz, los buniatos, las malangas, los ñames, las papas, los frijoles, el algodón, el maguey. Allí vióse siempre un pequeño huerto poblado de los más variados frutales y de escelentes hortalizas. Allí una parra sombreaba con su rico follaje el vestíbulo de una preciosa aunque rústica vivienda que al fin reemplazó a la choza primitiva. Por donde quiera las higueras, el anón, el naranjo, la guanábana y el mamoncillo ofrecían sus sabrosos frutos.

Lo que es potrero no lo hubo nunca en la finca de D. Toribio, que sin haber abierto nunca un tratado de agricultura, había comprendido que más forraje produce un medio octavo de caballería de buen prado artificial, que toda una *caballería de cañamazo*. Lo que son malojas, millo, yerba de Guinea, bejuco de buniato, cogollo de caña, y otros alimentos para el ganado, nunca faltaban en este predio. Verdad es que D.

Toribio tuvo siempre muy poco ganado. Pero ¡qué ganado, amigo Director! Una vaca lechera, y ella sola daba el precioso líquido para toda una numerosa familia, pues D. Toribio se casó poco después de adquirida su propiedad, y también fué modelo de padres de familia, como lo era de entendido y sobresaliente labrador. Y digo que sobraba la leche de una sola vaca, pues con ella preparaba también unos *quesos isleños,* que más de una vez los interceptaron algunos amigos míos, arrebatándoselos al que me los traía de regalo. Tampoco le conocí nunca más de dos *puercas* á la vez, pero viera V. siempre poblado de rollizos lechones el batey, y si por acaso se asomaba V. al chiquero de la ceba, allí veía en todo tiempo seis ú ocho *machos* que lo envidiara cualquier cebador de Yorkshire. Sin que nadie se lo hubiera enseñado, D. Toribio había adoptado para sus animales el sistema de *estabulación* completa, y habiéndole yo dicho como se manipulaban los estiércoles en la hacienda esperimental de Roville, no tardó en combinar su *caballeriza* y su corral de manera a realizar este mismo

sistema en todas sus partes esenciales. Quintero, fabricaba, pues, sus abonos, al mismo tiempo que recogía y atesoraba cuantos se le venía á la mano ó le cedían sus apáticos colindantes. En ningún tiempo se veía una yerba en los sembrados, pero tampoco una paja en el batey ó en las guardarayas. Sin ser químico, mi hombre sabía perfectamente que no hay una sola partícula en el reino vegetal, mineral ó animal que de un modo ó de otro no nos sea provechosa a la labranza, y así es que lo tenía V. siempre en solicitud de agregar algún nuevo ingrediente á los infinitos con que solía terciar y combinar sus abonos.

Pero esto no lo hacía á ciegas, sino que había llegado a conocer cuál parte de la finca demandaba abono corto o sustancioso, cuál otra, abono enterizo que aflojaba la tenacidad de sus arcillas. Solía á las tierras muy coloradas corregirlas por medio de las cenizosas, y viceversa, y lo que es más admirable aun, porque fué inspiración de su genio, sacaba y ponía á parte las margas *(cocó)* calcáreas y las barrosas, las dejaba *orearse* durante diez o doce meses án-

tes de aplicar cada clase, como *correctivo*, de las propiedades especiales y esclusivas de determinados terrenos.

D. Toribio, que no creía en la supuesta necesidad de que *decansen* las tierras, sometiéndolas á barbecho, comprendió, sin embargo, la teoría de la alteración de las cosechas y allá á su modo tenía establecida una rotación por la que, en períodos determinados, volvían á aparecer las mismas labranzas en los lugares de que habían sido desterradas durante algún tiempo.

No tenía D. Toribio el genio mecánico, y así es que su arado era el mismo que se usa en el país; pero mil veces renegó de su imperfección, que procuró siempre remediar rematando con la azada la labor insuficiente de aquel instrumento. Y debo insistir aquí en una observación, que acabará de dar á conocer hasta qué punto se había elevado Quintero en el rango de buen agricultor. Fuera la que fuere la clase de labranza á que destinaba alguna parte de su terreno, prefería dejar éste sin sembrar, más bien que hacerlo sin la totalidad de requisitos que él juzgaba necesaria para un

éxito completo. Su máxima favorita era que el *maximum* de la cosecha era solamente el que podía pagar el trabajo de acometerla. Así es, que aún para sembrar buniatos se le veía labrar, desterronar y abonar el terreno, como si fuera para siembra de tabaco.

De este conjunto de prácticas resultaba que las cosechas de D. Toribio eran siempre fenomenales, y á tal punto, que por aquel partido se estendió el rumor de que era *brujo*. Ya se vé, todo le salía á pedir de boca. No solo cojía mucho mayor y mejor cosecha de todos los frutos de la tierra, que ningún otro labrador, sino que cuando estos nada cosechaban porque las secas ó las aguas habían sido escesivas y destruído sus sembrados, la vega de D. Toribio se presentaba formando contraste y escepción, y cubierta de productos de toda clase. Los más racionales de sus vecinos, ya que no *brujo*, le llamaban el más afortunado de los hombres por no considerar que toda esa serie de prácticas minuciosas que ellos se guardaban de imitar, era la razón y el fundamento único de su constante prosperidad.

Pienso consagrar un artículo especial á dar a conocer a Quintero como sembrador de tabaco, pues en este ramo es donde más sobresalieron sus dotes que lo distinguían. Por hoy terminaré esta breve reseña diciendo, que el ejemplo dado por este inteligente labrador ha demostrado hasta la evidencia: primero, que el pequeño cultivo en Cuba, es susceptible de pagar con mucha usura el trabajo del hombre entendido y laborioso; segundo, que los grandes principios de la agricultura europea, es decir, la alternativa de cosechas, la buena preparación mecánica del terreno, la utilización de los abonos, los prados artificiales, etc., son susceptibles de aplicarse en nuestra tierra con idénticos resultados.

En efecto, D. T. Quintero se enriqueció gradualmente, y con un poco de más ambición habría podido figurar entre las grandes fortunas del país. Pero jamás quiso pasar de *caballería y media de tierra,* que fué la mayor estensión que poseyó y cultivó. Siguiendo la corriente del país, fué aumentando su dotación de esclavos, hasta el número de doce, pero al mismo tiempo

tenía siempre á salario dos ó tres de sus compatriotas, á quienes enseñó con su propio ejemplo que el clima de Cuba se adapta perfectamente á la constitución del hombre blanco, y que éste puede siempre medrar en ella, si á la honradez y laboriosidad reune una práctica racional en el cultivo de los campos. Digo que se enriqueció, porque además de mantener y criar a su familia con todos los goces y comodidades campestres, capitalizaba todos los años el íntegro producido de su cosecha de tabaco, bastándole los demás frutos menores para todos sus gastos, incluso el de la educación de sus hijos. En la casa de Quintero no se supo nunca lo que era escasez de ninguna clase. Allí no se trabajaba nunca después de puesto el sol, y hombres, animales y plantas respiraban una atmósfera de abundancia y de bienestar que no he visto en ninguna otra parte. El que supo crear todas estas maravillas en un terreno depauperado y estéril, también encontró lugar para cultivar su inteligencia y *pulir* sus modales, y yo puedo asegurar que he pasado muchas horas agradables admirando la be-

lleza y lozanía de sus campos, la abundancia de sus graneros y almacenes, y oyéndole discurrir con un acierto y exactitud estraordinarios sobre todos los fenómenos de la agricultura y su influencia sobre la suerte de las naciones.

Amigo director, ni siquiera el nombre y apellido del protagonista de la historia que acabo de contar son inventados. Así se llamaba realmente el labrador que durante más de 20 años ofreció en Cuba un ejemplo digno de imitarse y ensalzarse. Hoy se encuentra en su país natal, donde si lee estos renglones, verá que no le ha olvidado su *compadre,* y de V. affmo. amigo.

EN DEFENSA DE CUBA

Contestando al folleto "La cuestión de Cuba", publicado en París, aparecieron en el "Diario de Barcelona", durante los meses de junio y julio de 1859, varios artículos firmados por un señor E. Reynals y Rabassa, abogado y profesor de Derecho.

El propio año, impreso en París, Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, y con la única firma de "Un Cubano", apareció un extenso folleto, seguido de Notas y Documentos, en que se refutaban vigorosamente esos artículos del diario de Barcelona.

Francisco Frías fué el autor y editor de ese folleto.

En las páginas que siguen, se reimprimen por la primera vez, después de su edición original, ya escasísima, algunos fragmentos de esa "Refutación". Y la nota final del folleto, en que Frías expone definitivamente su visión de la evolución histórico-social en Cuba.

II

MUCHO nos llamó la atención el encabezamiento que puso el señor Reynals á su segundo artículo: *proyectos de reformas de la Isla de Cuba.* Al leerlo, creímos que era ya llegada la hora en que éste señor iba al fin á cumplir el compromiso tantas veces contraído, el de dar su opinión sobre la Isla de Cuba. Pero ni por esas. No son sus opiniones ni sus proyectos los que va á esponer ahora; son los de otro, los del folleto; son las reformas á que aspira *esa emancipación cubana* que se dá aires de nacionalidad y pretende el derecho de ocupar los congresos.

Cuando el señor Reynals carece de ideas ó de razones, juega con las palabras ó condensa y desfigura á su antojo las ideas y las razones que quiere combatir. En este segundo artículo no ha comprendido ó finge no comprender la palabra *síntesis*

con que el autor del folleto espresa el conjunto de razones de diverso órden que aconseja y justifica una intervención diplomática para el arreglo de la cuestión cubana, razones que son las unas de la esfera política y moral, las otras que atañen á los intereses materiales de todas las naciones. Todas esas razones reunidas y consideradas en su unidad lógica forman esa síntesis que tanto parece haber chocado no sabemos si á la inteligencia ó al nacionalismo del señor Reynals. Díganos, si no:

¿No va envuelta en la cuestión de Cuba una cuestión de equilibrio político en el Nuevo Mundo, si el mal gobierno de España arroja ese país en manos de una potencia estranjera, ya sea europea, ya sea americana?

¿No están interesadas en su mejor solución todas las naciones marítimas y comerciales de ambos mundos?

Siendo el comercio de esclavos una violación del derecho natural y del derecho escrito, ¿puede el mundo civilizado consentir que España, única potencia que hoy mantiene ese tráfico inhumano, lo conti-

núe con afrenta de la justicia y de la humanidad?

Abolida la esclavitud en las principales colonias, ¿podrán las demás naciones ver con indiferencia que España no sólo la fomente en Cuba, sino que funde en su consolidación un sistema despótico y opresor de gobierno que conduce derecho á la revolución del país y á conflictos políticos que todos los demás Estados tienen el derecho y el deber de impedir?

¿Podrán éstos dar la mano á España en su infame propósito de *africanizar* el país, esto es, de entregarlo á la barbarie y á la devastación, cuando no pueda ya luchar con fruto contra un alzamiento provocado por su opresión y sus iniquidades?

Pues si todas estas y otras consideraciones largamente desenvueltas en el folleto *La Cuestión de Cuba,* no constituyen una síntesis de problemas capaz de determinar una legítima intervención de la diplomacia; si todas ellas y otras muchas que desde luego si ocurren no producen el derecho y, lo que es más, el deber de un arreglo internacional de la cuestión, exigido

además por la absoluta impotencia de España para poner término á los males y á los peligros propios y agenos que con su sistema ha creado, nosotros no comprendemos el significado de las voces, ó tenemos una idea muy equivocada de los principios del derecho de gentes.

Pero el señor Reynals los comprende lo mismo que nosotros y que el autor del folleto, y por eso es que desentendiéndose de esas razones procura hacer aparecer á los cubanos como invocando solamente en esta cuestión su particular provecho y utilidad.

"La maravillosa síntesis, dice, consiste, "al parecer, en que no se dejen entrar ne"gros libres ni esclavos: en hacer desapa"recer de la vista de los criollos blancos "una raza que es una constante amenaza "para la misma; en impedir, en una pala"bra la africanización de la Isla de Cuba, "como dice el folleto; en dar á sus hijos la "participación que no tienen en la forma"ción de las leyes; en renunciar España el "monopolio que ejerce en provecho de su "agricultura, de su marina y de su comer"cio, con sus tarifas de aduanas; en dero"gar los derechos diferenciales de bande"ra, etc., etc."

Poco á poco, señor Reynals: todo eso ó aquella parte que fuere justa y realizable será la consecuencia de un arreglo de la cuestión cubana, no una razón determinante para la reunión de un congreso que sólo puede fundarse en consideraciones de un interés universal como las que más atrás se han indicado. Estas son las que usted debió combatir si quería salir airoso de su empeño. Desfigurar ó alterar los argumentos de un adversario solo prueba incapacidad ó mala fé.

Por otra parte, ¿en qué página del folleto leyó el señor Reynals que los cubanos pretenden, así que se les iguale con las demás provincias de la monarquía, que se les exima "de la contribución de sangre, de la de "riqueza urbana, territorial y pecuaria, etc. "etc.?" ¿Es esto escribir con lealtad? La primera base del arreglo que propone el folleto y copia el señor Reynals, dice: "Que se reconozca ante todo el derecho im- "prescriptible de los cubanos á ser gober- "nados según las leyes generales de la na- "ción." Luego no pretenden éstos exenciones ni privilegios, sino una igualdad completa, "tanto en lo próspero como en lo

"adverso", con los demás miembros de la familia española, en lugar de las injusticias y espoliaciones de que hoy son víctimas.

Luego el señor Reynals, á falta de razones, echa mano de imposturas y de falsedades.

Entre esas contribuciones la única de que hoy está exenta Cuba es de la llamada *de sangre,* y no hay escritor peninsular que deje de sacarla á plaza cada vez que se trata de ensalzar las dulzuras del régimen colonial á que están sometidos los cubanos. No sangre sino hiel y ponzoña debiera destilar la pluma cuando de tales asertos se ocupa. Tiempo es ya de concluir una vez para siempre con ese sarcasmo insultante que á cada paso se nos arroja á la cara. ¿Ignora algún español que esa pretendida exención es la carga mayor que puede imponérsele á un pueblo oprimido, la de hallarse desarmado ante sus opresores? Pues que ¿habría sido nunca posible consumar en Cuba la serie de iniquidades que allí ha perpetrado el gobierno español durante estos últimos años, si á los cubanos no se les hubiese atado los brazos, si no se les hu-

biese mutilado sistemáticamente para impedirles toda resistencia? Callen, por Dios, los españoles que se respeten, y ya que no se alcen contra la injusticia, no la conviertan en vejamen y en insulto.

¿Dónde tampoco leyó el señor Reynals "que á España se le obligue á pagar las in-"demnizaciones de la emancipación de los "esclavos?" Llegado ese caso, y según el arreglo recomendado en el folleto, esas indemnizaciones se pagarían con las rentas del país en la proporción anual que se estipulase. Esto solo quiere decir que en lugar España de percibir íntegros los sobrantes de Cuba para objetos puramente peninsulares, se destinaría una parte de ellos á ir indemnizando á los dueños expropiados por la emancipación de la esclavitud. Ya se vé que este acto de rigurosa justicia sería doloroso para aquellos que se han acostumbrado á considerar y á tratar á Cuba como un cortijo de España; pero entienda el señor Reynals que ni aun en ese caso mermarían esos que donosamente se llaman *sobrantes de la Isla,* pues que con el solo aumento natural del producto de las rentas

del país, así que fuese honrada y equitativamente administrado, y con la supresión ó la reducción del ejército y de la marina que allí absorben millones todos los años, podrían satisfacerse las indemnizaciones y conservarse para España esos tres ó cuatro millones de pesos anuales que hoy le produce líquidos su *hacienda* de Cuba.

No somos nosotros los que abrigamos la menor ilusión respecto de que España consienta nunca por meros consejos á la reforma de su gobierno en Cuba. Toda su historia nos dice que ella nunca cedió á los consejos de la razón; pero tenemos por cosa segura que bastaría una nota enérgica por parte de otras naciones para que ella aceptase un Congreso y las soluciones que de éste emanasen, diga lo que dijera el señor Reynals en ese hinchado y quijotesco estilo que tanto distingue a los escritores políticos de su nación. "Antes que las bases, di-"ce, de que hemos hecho brevísima reseña, "la "emancipación de los esclavos, la venta "de la Isla de Cuba, el abandono de la mis-"ma, la guerra: cualquier otro estremo me-"nos la abdicación y la deshonra." Y más adelante añade: "España es España toda-

"vía: España conserva aún su historia y "sus sentimientos que en ella ocupan pá- "ginas que no afearán todas las calumnias "de sus ingratos hijos. No ha perdido to- "davía la memoria del heroico hecho de "Hernán Cortés en la conquista de Méjico; "no consiente que otras naciones legislen so- "bre los derechos de sus hijos y súbditos; "no ha capitalizado su soberanía; no pac- "ta con ella; no recibe indemnización de su "renuncia. España pierde sus territorios, "pero jamás su independencia, su dignidad "y su honra."

Pero no llegará nunca ese caso: ese folleto escrito o inspirado por alguna imaginación cubana "no es la expresión de los sentimientos de la Isla de Cuba". Acaso pudo creerlo antes así el señor Reynals, mal informado por el sensatísimo é imparcial Mr. Lobé y por esos centenares de catalanes de que nos ha hablado; pero después que vió "las exposiciones de tantas "corporaciones y ayuntamientos de la Isla "de Cuba sobre el mensaje del Presidente "Buchanam", ha cambiado enteramente de parecer.

¡Válgame Dios! ¡Y que haya todavía quien crea o finja creer en semejantes ex-

posiciones! Pues que ¿no sabe el señor Reynals que esas manifestaciones más ó menos directa o indirectamente impuestas, son la prueba más palmaria de que en el país se piensa de muy diferente modo de lo que en ella se dice? ¿A qué afirmar y repetir aquello que por nadie se duda? ¿Dónde y en qué país bien gobernado y contento vió jamás el señor Reynals que se hiciesen y menudeasen esas protestas de lealtad? ¿No son éstas frutos peculiares de gobiernos como los de España, Austria y Turquía? ¿Olvidóse ya de aquellos ayuntamientos lombardos, que poco antes de la batalla de Magenta, fraguaban a millares esas representaciones de fidelidad a su *carísimo* Emperador Francisco José? Y sin salir de la propia Isla de Cuba, ¿ignora el Sr. Reynals que entre los ejecutados y condenados á presidio ó á destierro en éstos últimos años figuran algunos nombres que en 1851 y 1852, cuando las invasiones de López, se leían también al pié de esas *lealísimas* exposiciones? Déjese, pues, el señor Reynals de semejantes niñadas, ó mejor dicho, no tome a sus lectores por babie-

cas; y si le place pasar por crédulo ó aspira a engañar á los demás, tenga consecuencia al menos, y no estampe pocas líneas más adelante estas frases que indican una nueva evolución en el pensamiento del escritor y encierra la más flagrante contradicción de cuanto acaba de aseverar. "Sin embargo, como dice el folleto de "Mr. Lobé, y como dicen los que han vivido "largos años en la Isla de Cuba, las ideas "insurgentes, como con gran propiedad se "designan vulgarmente entre los europeos "las de emancipación, son acariñadas por la "juventud principalmente de letras, y no "rechazadas con la debida energía por los "sensatos. Aquellos son activos, éstos son "pasivos, aquéllos conspiran para conse- "guir la emancipación, éstos la recibirán "con júbilo; aquéllos son revolucionarios "de la *veille,* estos del día siguiente."

De donde lógicamente se desprende que todos en Cuba, jóvenes y sensatos, activos y pasivos, desean con ansia ó acogerían con júbilo la emancipación, á pesar de las denegaciones que más atrás estampó el señor Reynals, y á despecho también de las protestas de *tantas corporaciones y ayuntamientos* de que no ha mucho nos habló. Ha

llegado, pues, el caso en que, como dice el Sr. Reynals: "debería aconsejar á Espa-"ña que tratara con el rigor de las armas y "de la opinión á una provincia que apare-"ce en el folleto rebelde y degradada". No se desconsuele sin embargo, el Sr. Reynals: muchos años ha que España se anticipó á sus deseos y por ello recogerá el debido galardón.

A esos *cuantos blancos criollos* que, según acabamos de ver, son *todos* los de la Isla de Cuba, aconseja el Sr. Reynals que se resignen á figurar en los congresos de los diplomáticos como *cosas* y no como *hombres,* como meros instrumentos, murallas contra el engrandecimiento de los Estados Unidos, no como *séres capaces de derechos y obligaciones,* y otras lindezas por este jaez. Muchas gracias por el consejo y por el obsequio. Ya sabíamos ántes de ahora que tales eran los sentimientos y los buenos deseos de nuestros hermanos de aquende los mares; por ello les conservamos en nuestros pechos una gratitud profunda y singular, que solo tardará en manifestarse en actos de reciprocidad cuanto

tardemos con congresos y sin ellos en tener la libre disposición de nuestros medios de obrar. Entretanto, llámenos cobardes y degradados el articulista barcelonés: tiene razón, no vencimos todavía á pesar de los raudales de sangre por nuestros mártires vertida. A los que como el señor Reynals piensan, á los adoradores del hecho, á los que solo en el triunfo reconocen el derecho y en la fuerza el valor, ¿qué respuesta podemos dar? Los italianos, los polacos, los húngaros, los rumanos y tantos otros como apelaron en su ayuda á los Congresos ó á las armas estranjeras son indignos y viles, *cosas* y no *hombres* incapaces de derechos, aunque por lo visto sujetos á obligaciones. Felicitemos á la Universidad de Barcelona por los óptimos frutos que debe reportar de una enseñanza del derecho calcada sobre estos principios. Felicitamos también á España por la dicha de poseer un campeón de la fuerza del señor Reynals para hacer más amable aún y más segura su dominación en Cuba.

III

Al recibir el tercer artículo del diario barcelonés volvimos á creer que por esta vez se cumpliría el tantas veces aplazado compromiso del señor Reynals, el de *emitir su juicio sobre la Isla de Cuba,* ó que por lo menos nos diría de qué manera pueden combatirse allí los sentimientos de independencia que, después de haberlos afirmado y después negado, volvió á afirmar al concluir su artículo segundo, con promesa de ocuparse de los medios de combatir dichos sentimientos. ¡Vana esperanza! El señor Reynals se complace en variar hasta lo infinito los epígrafes de sus artículos y en tener siempre en suspenso la curiosidad de sus lectores. *La Nacionalidad de la Isla de Cuba:* tal es el nuevo tema que ahora anuncia y arremete en seguida con el pobre folleto que parece le ha quitado el sueño, á pesar de no contener otra cosa que insultos y contradicciones, y estar escrito por alguna imaginación calenturienta y parodiadora de sentimientos agenos.

"El punto de partida, empieza diciendo, del folleto sobre la Isla de Cuba, publicado en París, que ya hemos dado á conocer en otros artículos, es que la política de España en la Isla es la africanización de la misma. Según él se han introducido y se introducen en la misma negros, no como instrumentos de trabajo, sino como medios de dominación de la raza blanca; no como un mal necesario, sino para intimidarla con su emancipación y obligarla así á reprimir sus sentimientos de independencia."

Perdone usted señor Reynals: no ha traducido usted exactamente y por completo el pensamiento del opúsculo cubano. Le vamos á ayudar á usted en esta tarea.

La africanización de la Isla de Cuba es una doctísima cuanto diabólica combinación que tiene para España tres objetivos distintos a la vez: despojar, oprimir, ejercer una suprema venganza. Siga usted con nosotros la evolución del maquiavélico plan en sus tres aspectos diferentes, y comprenderá su perfecto mecanismo y la cabal trabazón de todas sus partes:

Primera fase: Introducir en Cuba negros esclavos, muchos negros, cuantos ne-

gros se puedan. Esta parte del programa es puramente económica y financiera. Los negros son máquinas de trabajo, producen azúcar, café, y tabaco, crean la materia imponible. Siendo esclavos no cobran salario, pero hay quien lo cobra en su lugar: el fisco, bajo las diferentes formas de contribución, tiene muy buen cuidado de embolsar la parte que corresponde al trabajador, al mismo tiempo que cobra el impuesto sobre la industria y la producción. ¿Cómo ha de querer el gobierno favorecer el trabajo libre? ¿Cómo no se ha de oponer por cuantos medios indirectos estén á su alcance á que vayan á Cuba trabajadores *blancos,* cuyo crecido salario disminuiría en otro tanto los ingresos de la contribución? Hé ahí, pues, el despojo y el primer efecto de la africanización.

Segunda fase: La esclavitud del negro corrompe y desmoraliza al hombre blanco; lo dispone y amolda á recibir el yugo político con todas sus consecuencias. El dominio que al propietario se le deja sobre el esclavo, el gobierno lo recaba con creces sobre el pueblo. Este no solo paga

con su humillación política los derechos que ejerce sobre sus siervos, sino que también paga, además de sus salarios, que percibe el gobierno, todas las demás contribuciones y socaliñas que éste le quiera imponer. Hé ahí el despojo combinado con la opresión.

Tercera fase: Despojar y oprimir, al fín y al cabo, arrastran á un pueblo á la revolución; pero ésta tarda tanto más en realizarse cuanto mayor sea la división de castas que en él se haya introducido. Entre amos y esclavos, entre negros y blancos, esa separación llega á su *máximun*. Cuida, sin embargo, el gobierno de que ambas clases no se equilibren en número, porque podrían entenderse para derribar al enemigo común; así es que favorece con todo empeño el aumento de aquella que *produce* y no *piensa*, y contiene el desarrollo de la que *siente* y *discute*. Y si á pesar de todo llega un día en que la *inteligencia* triunfe del opresor, éste desencadena la clase del *número* y de la *fuerza* y entrega el país a los horrores de la matanza y de la desolación. De esta suerte una sola y única me-

dida sirve á España para despojar, para oprimir, en todo evento, para vengarse de los que pongan fín á su despojo y á su opresión.

¿Lo entiende ahora el señor Reynals? Eso y no otra cosa es la *africanización* de Cuba tal cual la pinta el folleto y la conocen todos los que de algunos años á esta parte observan la política de España respecto de su colonia. La necesidad del trabajo del negro en Cuba, sostenida por la prensa oficial del gobierno, y aun por ciertos diputados poco escrupulosos del Congreso, es el manto con que hasta ahora se cubrieron esas iniquidades. Las plumas cubanas lo han rasgado ya para siempre. Y como semejantes medios y propósitos de España son no solamente una violación del derecho personal, del derecho de gentes y de los tratados escritos, sino también un acto inicuo de inmoralidad pública, y un ataque premeditado contra la final evolución del progreso y de la prosperidad de Cuba, á la vez que una amenaza y un peligro para la paz y la seguridad de todos los pueblos que la rodean, por eso y con

sobradísima razón ha podido afirmar el folleto "que en la cuestión de Cuba no se "trata solamente de contiendas entre Es- "paña y los Estados Unidos, sino sobre to- "do y ante todo, del porvenir y civilización "del Nuevo Mundo". Si al señor Reynals no le es dado elevarse á las alturas de la moral abstracta y de los grandes intereses humanitarios, comprenda al menos los derechos que produce y los deberes que impone el estado de sociedad y de mutua solidaridad á que han llegado hoy las naciones. Así como entre ciudadanos están éstos interesados y facultados para impedir la perpetración de ciertos crímenes, así también entre naciones pueden y deben éstas atajar un mal en que todas pudieran ser partícipes. La africanización de Cuba, que resume la violación de todos los derechos divinos y humanos, y que envuelve además convulsiones y peripecias cuyas consecuencias se harían sentir en todo el mundo, cae, pues, dentro de la jurisdicción del derecho internacional y tiene todos los títulos imaginables para ocupar la atención de los congresos. Que el señor Reynals como español, esto es, como parte inte-

resada, no lo sienta así, lo comprendemos; que lo niegue como catedrático y espositor de derecho es lo que no admite justificación ni disculpa. Verdad es que concede "que el tráfico de negros es el único lado "europeo de la cuestión cubana, porque ha "sido objeto de tratados, "Y que la eman- "cipación de los esclavos es lo único que "puede tener interés para Europa, por- "que es cuestión de humanidad." Hay en nuestros *hermanos* los peninsulares una ingenuidad que los hará para siempre célebres en esta cuestión de Cuba...

V

Empeñado el señor Reynals en buscar argumentos contra esa nacionalidad cubana que le ofusca con su luz y con su evidencia, nos dá en seguida un curso de historia comparada bajo el título de: *Política colonial.* Nosotros aceptamos el combate en este nuevo terreno.

Muy poco conoce el Señor Reynals la historia de la revolución de los Estados Unidos de América, ó la desfigura á su antojo para destruir las analogías que pre-

senta con el movimiento cubano, aun cuando necesariamente haya entre éste y aquélla algunas diferencias secundarias que no afectan la esencia de las cosas. "En la "América del Norte, dice, no fué procla- "mada la independencia por la raza crio- "lla y para su sola y esclusiva ventaja, si- "no para los europeos allá residentes, y "para salvar sus derechos."

Aquí hay escondido un sofisma bajo la confusión de términos, todo con el loable intento de ocultar una paridad que abruma al escritor. Si por raza *criolla* y por *europeos* se dá á entender, por una parte, la raza indígena o primitiva de los indios, y por la otra, la raza blanca ó anglo-sajona nacida en el país ó allí residente, tiene razón el señor Reynals. No fueron los indios los que en aquel país iniciaron el movimiento revolucionario que después los condujo á su independencia: al principio no hubo distinción alguna entre ingleses *criollos* é ingleses *europeos,* todos ellos se alzaron sin escepción contra la violación de sus derechos y de sus intereses.

Tampoco son indios de Cuba los que de algunos años a esta parte han sentido el

aguijón de sus derechos hollados, y resuelto rebelarse contra la violencia que los oprime. Esa noble é infortunada raza duerme ya hace tiempo el sueño de la muerte, gracias á la mansedumbre y caridad de ese catolicismo español que el señor Reynals contrapone al protestantismo anglosajón. Son, si, los criollos descendientes de españoles, que constituyen la inmensa mayoría del país, los que desde el gobierno aciago del General Tacón, y más particularmente desde que la constitución de 1837 despojó á Cuba de sus derechos de provincia española, los que sintieron nacer en su pecho la llama del patriotismo y la resolución de conquistar sus perdidos fueros, no para *su sóla y esclusiva ventaja,* como lo dá á entender el señor Reynals, sino para bien y provecho de todos los habitantes de la Isla. La diferencia en ambos casos está en que en la América del Norte criollos é ingleses gozaban de idénticos derechos y privilegios, y estaban igualmente interesados en defenderlos, y por eso se unieron en una común acción, mientras que en Cuba existía de hecho la división entre crio-

llos y peninsulares por la desigualdad con que el gobierno de España los había tratado siempre y más que todo, por la escesiva preponderancia con que el maquiavelismo del General Tacón había favorecido al elemento europeo y peninsular. Poco importaba á los numerosos empleados españoles que había en Cuba, á los traficantes de carne humana y monopolizadores de harina, á esos gitanos trashumantes que allí van á hacer fortuna para disfrutarla luego en la metrópoli; poco importaba, repetimos, que la constitución los privase de unos derechos políticos de que poco se cuidaban ó que estaban seguros de recobrar y de ejercer á su regreso á España. Dijimos mal: les importaba mucho que los criollos no alcanzasen esos derechos, con los que evidentemente habían de perder los peninsulares establecidos en Cuba las ventajas y los privilegios que de hecho habían gozado en todo tiempo. Así se explica que mientras la revolución americana reunió al principio en sus filas á todo ó á la mayor parte de los blancos nacidos ó residentes en el país, en la cubana fuesen tan pocos los penin-

sulares que se pusiesen al lado de los criollos para protestar, y en su caso, para reivindiar sus derechos por medio de las armas. ¿En qué, pues, favorece á esta diferencia la tésis que sostiene el señor Reynals contra los cubanos?

Tan cierto es el punto de vista que venimos exponiendo, que en el año de 1854, durante el mando del General Pezuela, así que los peninsulares vieron comprometido en Cuba el tráfico de negros por la rectitud y el rigor que dicho gefe desplegó en su persecusión, no vacilaron muchos en asociarse entonces á los revolucionarios cubanos, y en contribuir con sus simpatías y sus capitales á formar la expedición que entonces se preparaba en los Estados Unidos para invadir á Cuba. En el gran día de las revelaciones aparecerá demostrada esta verdad con documentos que arrojarán eterna infamia sobre la frente de algunos peninsulares que después se han distinguido entre los demás, por las manifestaciones del más *puro españolismo.* (1)

(1) Entre los papeles hasta ahora descubiertos, de Francisco Frías, no aparece documento alguno en relación con esta amenaza. El Conde, sin embargo, no era hombre de hacerlo en vano. (Nota del autor de la Nota Preliminar).

Advierta, por otra parte, el señor Reynals, que esa diferencia que señala, á los principios de ambos movimientos, cesan muy luego, pues en la revolución americana no tardó en nacer la división entre criollos é ingleses y producir todas las consecuencias que se observan en la revolución cubana. Así tenía que ser: el espíritu de provincialismo, que no es otra cosa que la primera manifestación de la *nacionalidad latente* de que en otro lugar hemos hablado, indujo más tarde á los criollos americanos á propender á otro fín que el que primitivamente se habían propuesto, mientras que la mayor parte que los ingleses europeos afiliados al movimiento comprendió entonces y trató de oponerse á la realización de la independencia á que aspiraban los primeros. La unidad inglesa, esa unidad que constituía para todos una sola y única nacionalidad, quedó destruída entonces, como que se había roto el lazo de los comunes sentimientos é intereses, y recobraron toda su energía las diferencias geográficas y las aspiraciones locales que tendían á desunir la América del Norte de las demás

provincias unidas de la Gran Bretaña. Ese día empezó a existir y á afirmarse la nacionalidad norte-americana, de la misma manera que hemos visto surgir la nacionalidad cubana, desde que se quebrantó el lazo de cohesión que mantenía unidos los elementos diferenciales que distinguen a Cuba de la península española. Hubo, pues, posteriormente separación de criollos é ingleses en la revolución americana, así como hubo y hay hoy entre criollos y españoles en la revolución cubana. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

Hay, sin embargo, que notar aquí una diferencia de algún valor que no cuidó de señalar el señor Reynals. Los americanos del Norte al iniciar su movimiento encontraron en la prensa pública de Inglaterra, y aún en el mismo Parlamento, voces elocuentísimas que defendieron sus derechos, mientras que los cubanos se han visto desde el principio abandonados ó atacados en la prensa y en el Congreso de España, sin que se haya alzado una sola voz para defenderlos de entre esa numerosa cohorte de se-dicentes escritores liberales de que tan-

to abunda la Península. Así es como también se explica que la revolución en la América inglesa se concretase al principio a rechazar los actos ilegales del Parlamento en lo que concernía a ésta, y pudiese afiliar en sus banderas á tantos hijos de la Gran Bretaña, mientras que en Cuba, hostilizada y perseguida por los españoles de dentro y de fuera, la idea revolucionaria se vió forzada desde muy temprano a levantar la bandera de la separación de Cuba y su metrópoli. El partido concesionista espiró allí, como quien dice, al nacer, ó se halla hoy refundido, con muy cortas escepciones, en el gran partido que aspira a la independencia como única solución que pueden tener los graves males que amenazan a la patria.

En lo que ha andado más peregrino que en todo el señor Reynals, es en pretender establecer diferencias entre las causas que fueron preparando la revolución en el Norte-América y en Cuba. Hablando de la primera dice: *Gravábale la metrópoli con gabelas é impedía su espontáneo desenvolvimiento.* ¿Qué otra cosa ha hecho Espa-

ña, en más de tres centurias y media que posee a Cuba, sino es gravarla, esplotarla y esprimirla para su esclusivo provecho?

Tratábala como país conquistado. Pues a fé que entre los varios manifiestos que publicaron los americanos al tiempo de su alzamiento nada hemos leído que se acerque a la elocuente pintura que más adelante nos va á hacer el mismo señor Reynals de la ocupación militar que ejerce España en Cuba.

Prohibíale vender sus propios productos á los que iban a comprárselos, y habían de distribuirse precisamente por el puerto de Londres. ¡Cuan olvidadizo se nos muestra aquí el señor Reynals de la historia de su propio país! ¿De que otro modo procedió España desde el principio de la conquista hasta 1778, en que además de Cádiz y de Sevilla, se habilitaron entónces por primera vez otros puertos de la península para el tráfico con el Nuevo Mundo? Y después que por el Decreto de 1818 se abrieron los puertos de Cuba a la bandera estranjera ¿no se ha mantenido de hecho un privilegio a favor de los productos y de la

marina peninsulares que tan oneroso es para la Agricultura Cubana? Ignora todavía el señor Reynals la diferencia que hay entre libre comercio y comercio libre.

Mientras le concedía una carta y le daba derecho de tener un parlamento, imponíale sin contar con su consentimiento las onerosas contribuciones que se pagaban en la metrópoli. Nada hay más opuesto a la verdad histórica que lo que asienta el señor Reynals en la última proposición. Precisamente desde el primer conato de la Inglaterra para imponer esas contribuciones por medida legislativa del Parlamento británico, protestaron é iniciaron su revolución los americanos; pero aun cuando fuera cierto lo que se nos dice, ¿no se ha conducido España con mayor rigor e injusticia, negándole en todo tiempo instituciones provinciales a Cuba, á la vez que le impone á su antojo contribuciones que no son coloniales ni metropolitanas, sino bárbaramente opresoras y tiránicas?

Verdad es "que un buque cargado de te y echado a pique fué ocasión del motín de Boston, y que las medidas represivas con

este motivo tomadas dieron por resultado la conflagración general", mientras que los cubanos han tolerado pacientemente, no uno, sino millares de buques que anualmente entran en sus puertos cargados de la gravosa harina de Castilla y de otra mercancía más criminal, como que sirve para remachar las cadenas que los oprimen. Mas de esta diferencia de conducta no se de prisa el señor Reynals en sacar consecuencias favorables á su propósito. Se la vamos a esplicar. En la América del Norte había regido en todo tiempo la onerosa contribución de sangre por la cual todos los habitantes de ese país eran soldados o milicianos, tenían armas y estaban acostumbrados a su uso, todo lo cual facilitó el repeler la fuerza con la fuerza y conquistar su independencia. En tanto que favorecidos los cubanos por la *filantrópica* España con la exención de ese tributo, no han podido aún alzarse en masa para proclamar su gratitud por tan inmenso beneficio.

Otra diferencia y muy notable recordaremos aquí al señor Reynals y es, que así y todo, antes que triunfar tuvieron los ame-

ricanos que apelar a la cooperación estranjera, sin que á nadie se le haya ocurrido hasta ahora imputárselo a crimen, ni tacharlos de cobardes, mientras que el señor Reynals, tranquilo e impune allá en su cátedra de Barcelona, denuesta é insulta á los cubanos porque en su caso escepcionalísimo han apelado también á la ayuda esterior y á los congresos, no sin haber antes regado los patrios campos con su sangre generosa. Por lo visto, el señor Reynals pertenece á aquella escuela para la que no hay otro criterio que el suceso ni otro norte de justicia que los hechos consumados. Con tan alcanzado profesor la juventud de Barcelona hará rapidísimos progresos en la ciencia del derecho.

De todo lo que precede se deduce, contra el parecer del señor Reynals y fundándonos en las consideraciones por él presentadas, que la revolución cubana no se distingue en sus causas de la revolución norteamericana sino por su mayor justicia y necesidad; que si en ésta se pasó de la nacionalidad primitiva inglesa á la nacionalidad norte-americana, desde el momento en que tuvo un pen-

samiento propio, aspiraciones é intereses agenos á la metrópoli, hasta dejarla inscrita en el catálogo oficial de la diplomacia, de la misma manera y con los mismos títulos y derechos existe desde ahora la nacionalidad cubana y, Dios mediante, por los mismos trámites ú otros análogos adquirirá carta de ciudadanía en el gremio de las nacionalidades políticamente constituídas.

Nos pregunta el señor Reynals "que "páginas ha dado á la historia la nacionalidad cubana." Nosotros le rogaremos á nuestro turno que nos diga cuáles eran las que había dado al comenzar su revolución la nacionalidad norte-americana que después acá está escribiendo la epopeya más magnífica que recuerdan los anales de la humanidad.

¿Con qué principios ha enriquecido la civilización? A falta de otros, con los del odio y repulsión con que hoy miran los cubanos aquellos que puso en planta España para enseñorearse y despojar á todo el Nuevo Mundo sin progreso para las ideas ni para la civilización.

¿Qué artes, qué ciencias, qué sentimientos y costumbres propias posee? Todos aquellos que vosotros no habéis querido ó podido darnos ó inspirarnos, y que nosotros por índole natural, por industria propia y por legítima ambición hemos adquirido y atesorado, poniendo á contribución los adelantos de todos los países civilizados donde nos llevaron la curiosidad ó la espatriación. ¿Os atrevéis á dudarlo, vosotros los de la metrópoli, á quien todos los viajeros pintan como rezagada de un siglo respecto de su colonia cubana? ¿Qué son vuestra agricultura, vuestras vías férreas, vuestros telégrafos y vapores comparados con los nuestros? ¿En qué ciencias físicas, naturales ó morales tenéis vosotros representantes que desluzcan á los nuestros? ¿Tenéis vosotros un poeta que sobrepuje á nuestro Heredia, inmortal cantor del Niágara? ¿Escritores más castizos que Delmonte y Saco? ¿Filósofo más profundo y enciclopédico que José de la Luz Caballero? ¿Sacerdote que en ciencias, en caridad y virtudes se pueda comparar con el evangélico Varela? Mostrádnos, entre vosotros, físicos y naturalis-

tas más alcanzados que los Poey, padre é hijo; facultativos más distinguidos que los Gutiérrez, Jorrín y Díaz; químicos más eminente que Alvaro Reynoso; jurisperitos de la talla de Anacleto Bermúdez y del ciego Escobedo. Y por fín, ¿en cuál de vuestras ciudades, incluso la capital, se levanta hoy una generación tan aplicada, tan estudiosa y tan apta para todas las carreras y destinos de humana actividad, como la que hoy brilla en el suelo cubano y tantos timbres de gloria promete á su patria y á la civilización? ¿Osaríais poner en parangón vuestras costumbres corrompidas, vuestra empleomanía, vuestros hábitos de estafa y de confusión, vuestro mentido liberalismo, con la proverbial pureza, la hospitalaria generosidad, los sentimientos desinteresados y la innata cultura y liberalismo que distinguen á la raza cubana, y forman su fisonomía especial entre todas las que proceden del tronco español?

Nada de ésto os lo debemos á vosotros. A pesar vuestro hemos progresado y prosperado. Nuestro clima, nuestro cielo, vuestra propia injusticia y opresión nos han

infundido nueva vida, nuevos sentimientos y aptitudes, y nos han permitido asimilarnos nuevos elementos y facultades que vosotros habéis rechazado siempre con vuestro implacable é iracional españolismo. Y cuando todo tiende a caracterizarnos y á distinguirnos, cuando no hay una sola fibra de nuestra constitución que no proteste contra la dependencia de España, cuando no sólo la geografía sino todos los sentimientos del alma claman á gritos por la separación, nos habláis todavía de común nacionalidad, de idéntica historia y de recuerdos solidarios!

Todo eso, señor Reynals, sabe usted que es música celestial, porque cuando suene en el reloj del tiempo la hora de vida para una nueva nacionalidad, de nada sirven argumentos retrospectivos ni apelaciones á vínculos muy sagrados si se hubieran sabido respetar. ¿Tiene usted noticia de que aprovecharan de algo cuando la Inglaterra los invocaba en su contienda con las trece colonias rebeladas? ¿No perdió España todo un continente en América por haber sido

ella la primera á quebrantar los lazos de la común nacionalidad

Pretendéis ahora ¡qué delirios! detener el carro lanzado de la emancipación cubana con voces que ya nada significan. Llegáis tarde como siempre. En los oídos de la patria resonaron ya otros acentos más poderosos que le dicen: "¡Adelante, el porvenir es tuyo!"

VI

Al fín y al cabo se resolvió el señor Reynals á esponer sus ideas acerca de la Isla de Cuba, y las reformas que en su concepto pueden oponerse *á esa nacionalidad artificial que allí van creando las circunstancias.* Tres ó cuatro artículos ha consagrado á la discusión de estos objetos, y debemos hacerle aquí la justicia de decir, que los que trata del "militarismo español en Cuba" contienen un análisis muy exacto y elocuente de la situación á que ha llegado aquel país, gracias al gobierno despótico é irresponsable á que está sometido bajo el mando de sus Capitanes generales. En lo

que no podemos convenir es en que haya ya remedio en lo humano para impedir el desenvolvimiento inexorable de las consecuencias creadas por esa situación. Esa nacionalidad de Cuba, que resume todos sus agravios y todas sus esperanzas, es ya un hecho que podrá anonadarse por la fuerza, si Dios lo permite, pero que no se transforma ni modifica á impulsos de concesiones y de reformas que ya son tardías. La nacionalidad española en Cuba murió á manos de los legisladores de 1837. La nacionalidad cubana nacida en esa noche de demencia y de crimen, sólo aguarda, para proclamar su sucesión ante el mundo, que se lleven el cadáver de la madre todavía velado por un ejército de treinta mil bayonetas.

Veamos, con todo, como pretende el señor Reynals resucitar á la difunta. Medidas indirectas: ¡escuchad! Evitar que vuelvan á hacerse en lo adelante contratas con el estranjero para la conducción, entre Cuba y España, de la correspondencia pública y de oficio.

"¡Cómo, esclama el señor Reynals con "noble indignación, hacer depositaria á la

"bandera estranjera de nuestros secretos! "¡Confiar nuestra correspondencia á esa "bandera *(suponemos que sea la francesa)* "cuyas novelas y escritos filosóficos y po- "líticos alimentan el alma de la América "como de la Europa! ¡Presentarse Espa- "ña pobre y deshonrada ante los ojos de los "cubanos, incitarlos á que renieguen de su "origen y á que fomenten esa nacionali- "dad artificial de que tantas veces hemos "hablado!"

No nos parece á nosotros que la propuesta panacea vuelva á la vida á la que ya la perdió; pero se nos ocurre preguntar al señor Reynals si España no aparecerá todavía más pobre y deshonrada cuando la vean los cubanos incapaz por sí sola, como hasta aquí, de realizar con órden y puntualidad un correo marítimo al mes con Cuba, por medio de vapores construídos en los astilleros nacionales, mandados por capitanes españoles, y administrados y regidos por manos españolas. ¿No vale más, mil veces más, así bajo el punto de vista económico como el nacional, ocultar esa impotencia y esa incapacidad, con contratos que sin desdoro alguno celebran las demás naciones

cada vez y cuando los consideran ventajosos para el servicio público? ¿Y de cuándo acá se ha hecho culpable la bandera extranjera, y mucho menos la francesa, de violar el secreto de la correspondencia pública, como si hubiese tomado lecciones de algunas autoridades y funcionarios españoles? ¿Quién impide por otra parte, al señor Reynals y á los demás escritores de la península, que remitan bajo el pabellón estranjero sus producciones á la siempre fiel Isla de Cuba con el objeto de neutralizar allí los perniciosos efectos de la literatura francesa? ¿O será acaso que quiera el catedrático de derecho privilegios esclusivos así para la literatura como para las harinas y demás mercancías españolas? ¿Dónde está, en todo caso, esa decantada literatura patria—hablamos de la contemporánea—que sólo se compone de remedos, de imitaciones y de pobrísimas traducciones de cuanto se escribe en francés, en inglés ó en alemán? ¿No está hoy tan muerta la literatura española en España, como la nacionalidad española en Cuba?

Válganos Dios, señor Reynals: que usted y los suyos se estén todavía con esas bocanadas de españolismo declamando contra la influencia estranjera que para vosotros es todo aquello que trasciende á progreso y á adelanto. Os habéis momificado en la tumba de lo pasado, y en tanto que todo marcha y se transforma en derredor vuestro, aspiráis á comprimir bajo la lápida de vuestro inmobilismo toda inspiración, toda idea y movimiento moderno. A eso llamáis vosotros el sentimiento nacional, como si pudiera haberlo donde se consiente que la patria quede rezagada ó inerte en la grandiosa evolución por la que están pasando todas las naciones de la tierra. Es preciso progresar ó desaparecer. ¡Cuidado con esos extranjeros que hoy rechazáis ó insultáis porque no sabéis ó no queréis imitarlos, en todo aquello que tienen de nuevo y de progresivo, no se repartan mañana vuestro territorio, porque allí encuentren acaso, el cadáver de una nacionalidad sin herederos legítimos que la reemplacen!

. . . . . .

Créanos, pues, el señor Reynals y dé muestra de ilustrado y sagaz, absteniéndose de proponer remedio para una situación que ya no los tiene. De todos modos, no escriba con manifiesta contradicción de cuanto ha dicho en esta cuestión que "Cuba es tratada como una población que acaba de sujetarse con la fuerza de las armas"; que su administración "es un ejército acampado, su municipio una tienda de campaña, la provincia un cuartel de división, la administración de justicia una comisión militar"; que los tribunales, la Audiencia misma, "son como asesores del Capitán General". No diga, para vergüenza eterna de España, que los Capitanes Generales de aquella Isla, "por hábitos y por tradición, por espíritu de cuerpo y por ordenanza han de aplicar al gobierno civil las teorías militares; "que cuando no tengan enemigos que combatir" han de suponerlos, de fingirlos, y ya que no tengan guerra que hacer, habrán de hacer simulacros".

No indique siquiera "que el sistema que allí rije hace depender la posesión de la Isla de Cuba de la lealtad de un solo hom-

bre, que obliga a la nación y al gobierno hacer cortesanos con el mismo, que fomenta los sentimientos de independencia y de rebelión, que sobreexcita el espíritu conspirador, que no permite tener amor a la patria española y obliga a los cubanos a forjarse en su imaginación otra opuesta á la misma". No imprime y publique estas y otras mil lindezas que son cuando menos la justificación de cuanto ha aseverado el folleto que tanto ha combatido el señor Reynals. Y si la fuerza de la verdad le arranca esas confesiones, estámpelas como exposición histórica y filosófica del modo como se suicidan para siempre las nacionalidades, y no de manera alguna como fundamentos de una reforma que cuando llega tarde es ya impotente para hacerla revivir.

La verdadera misión de los publicistas españoles consiste hoy, no en formular nuevos sistemas de gobierno, que por buenos y ajustados que sean en teoría, no pueden ya conservar a Cuba unida a España, sino en escogitar y proponer los medios de que su inevitable separación no destruya para

siempre los vínculos de la tradición y de la consanguinidad, que aún después de verificada aquélla, pueden acarrear para el comercio, para la agricultura y para el mismo honor nacional ventajas de mucha consideración. Complete el señor Reynals el paralelo que inició entre la revolución norte-americana y la revolución cubana. Píntele a sus compatriotas peninsulares la prodigiosa prosperidad que han alcanzado los Estados Unidos y la Gran Bretaña después de consumada su separación política. Convénzalos de que su honor y su dignidad, así como su influencia moral y material, no están interesados en oponerse por más tiempo á la realización de una política fundada en la naturaleza misma de las cosas, y en altísimas consideraciones de derecho, de justicia y de interés universal.

Por lo que a nosotros hace, así el autor del folleto: *La Cuestión de Cuba,* como al señor Reynals su impugnador, diremos para terminar estas observaciones y aplicando al caso un pensamiento del ilustre Manín: "Los males de Cuba no son de aquellos que pueden ser tratados con pa-

liativos; la dominación española en ese país es como el hierro de la lanza clavado en la herida; es preciso quitarlo antes de emprender la cura. No es un gobierno, es un ejército acampado en país enemigo".

París, Agosto de 1859

NOTA FINAL del folleto "Refutación a varios artículos".

...El gran argumento que siempre se ha empleado contra los que sostenemos la nacionalidad cubana, consiste en decir que en muy poco la apreciamos cuando consentimos en anexarla a otra nacionalidad, que a vuelta de muy pocos años la absorbería por completo.

Nuestra respuesta es muy sencilla, y a reserva de desenvolverla un día en un trabajo especial la consideraremos en los términos siguientes:

1°—Nosotros recurriremos a la anexión a los Estados Unidos cuando perdamos toda esperanza de alcanzar o conservar nuestra *completa independencia política.*

2°—Con los elementos de vitalidad que posee hoy la nacionalidad cubana ella no será nunca absorbida por la nacionalidad

norte-americana en el sentido que a la palabra *absorción* dan los que más la emplean. Comparar a Cuba con Tejas, con la Florida, con la California, equivale a desconocer por completo las condiciones de todo linaje en que estos últimos países se encontraban al tiempo de su incorporación en los Estados Unidos. La nacionalidad cubana, en el caso de la anexión, se transformará, si, lenta y gradualmente; sin lucha, sin sufrimientos y sin dolores en otra nacionalidad, a la que también habrá infundido mucho de sus elementos constitutivos. Ese será trabajo no de años sino de siglos. Entre tanto, nosotros y nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos seremos cubanos, conservaremos todos los caracteres esenciales de nuestra nacionalidad cubana; la que podremos desenvolver y mejorar en medio de instituciones políticas que nos asegurarán una completa independencia local, para legar luego a nuestros remotos descendientes una patria y una nueva personalidad que ellos sabrán apreciar y bendecir. Si a eso se llama también *absorción,* nosotros la aceptamos con júbilo para nosotros y para nuestra

posteridad, porque si nosotros perderíamos nuestra actual nacionalidad, los futuros cubanos no cambiarían la suya por la que nosotros hubiésemos disfrutado. No habría, pues, perdedores ni reclamadores en la pretendida absorción, y sólo quedaría en pie el error de los que, desconociendo por completo las enseñanzas de la historia no ven que las nacionalidades, cuando se modifican y transforman sin violencias, obedecen a una ley natural que dejan todos sus fueros al sentimiento íntimo de la personalidad de los pueblos. Si de la nacionalidad se quiere hacer algo de fijo e invariable, ¿cuál es la nación del mundo que conserva hoy su nacionalidad? ¿Cuál es el pueblo que está seguro de perpetuarse en lo porvenir con todo los caracteres de la actual nacionalidad?

3°—Y dando de barato que estuviésemos equivocados, suponiendo que hubiese lucha y absorción de la nacionalidad cubana por la nacionalidad norte-americana, ¿cuál es el cubano que, perdida toda esperanza de afirmar y realizar su propia nacionalidad,

no la sacrificaría resignado para salvar, siquiera, su personalidad de hombre, hollada y destruída por el despotismo español? ¿Entre la ignominia y el oprobio del esclavo y la condición del hombre libre puede ser dudosa la elección?

INDICE

	Pág.
Nota preliminar	5
El carnaval en París	23
Cartas a todos sobre todo	25
Importancia de la yuca como sustancia alimenticia	27
Nombramiento del químico cubano Don Alvaro Reynoso	33
Necesidad de la instrucción agrícola en Cuba	43
Fragmento de una carta a su hermano Don José de Frías, en la Habana	55
De qué modo pueden consolidarse la riqueza y prosperidad de la agricultura cubana	65
A Don Domingo G. de Arozarena, en la Habana	77
Diálogo entre un hacendado progresista y otro de la escuela antigua	87
A Don Domingo G. Arozarena	101
A Don Toribio Quintero, eminentísimo agricultor y veguero de Cuba	111
En defensa de Cuba	125

INSTITUT DES HAUTES ÉTUDES DE L'AMÉRIQUE LATINE
BIBLIOTHÈQUE

CUADERNOS DE CULTURA

TERCERA SERIE

1

Juan Clemente Zenea: POESIAS.

2

Domingo Delmonte: HUMANISMO Y HUMANITARISMO.

3

Francisco Javier Balmaseda: CONFINAMIENTO Y AGRONOMIA.

4

José Martí: ESPIRITU DE AMERICA.

5

José Jacinto Milanés: ALGUNAS POESIAS.

6

Luisa Pérez de Zambrana: ELEGIAS FAMILIARES.

CUARTA SERIE

1

Francisco de Frías: REFORMISMO AGRARIO.

Este cuaderno se distribuye gratis, como medio de divulgación cultural, por la Secretaría de Educación.

UNIVERSITE PARIS 3
D 001 615104 1